



TE
APUESTO
LA
NAVIDAD

IRENE FERB



Copyright

EDICIONES KIWI, 2021
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, noviembre 2021

© 2021 Irene Ferb
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Merche Diolch

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo: El deseo de Candela](#)

[Capítulo 1: No estoy tan sola](#)

[Capítulo 2: ¿Me estaré volviendo loca?](#)

[Capítulo 3: Nothing Hill](#)

[Capítulo 4: Bob Dylan](#)

[Capítulo 5: Ocho años antes](#)

[Capítulo 6: Canastas](#)

[Capítulo 7: ¡Pillada!](#)

[Capítulo 8: Ocho años antes](#)

[Capítulo 9: Si la montaña no va a Mahoma](#)

[Capítulo 10: Mi nexa con la tierra](#)

[Capítulo 11: Ninja por Navidad](#)

[Capítulo 12: Ocho años antes](#)

[Capítulo 13: Te apuesto la Navidad](#)

[Capítulo 14: Nuestro álbum](#)

[Capítulo 15: Ocho años antes](#)

[Capítulo 16: La última cena](#)

[Capítulo 17: Nochevieja especial](#)

[Capítulo 18: Dylan y Amanda](#)

[EPÍLOGO](#)

[Agradecimientos](#)

Para dos personas muy importantes en mi familia hormiga que ya no van a poder vivir las Navidades con nosotros:
Juan, tu llanto de bebé y como me aplastabas la mano eran de los momentos más divertidos de mi infancia.
Santia, te nos acabas de ir, estarás contando historias allá donde hayas ido, «la bella» te llevará siempre en el corazón.

Prólogo:

El deseo de Candela

—¡Vamos Candela, hija, que te duermes!

Candela se sobresalta lo suficiente para darle la razón a su madre: siempre anda por las nubes. Se distrae con una llamita bailarina de una vela o con el estruendoso ruido de una moto. Cualquier estímulo le conduce a inventar historias.

Pero tiene nueve años, ¿no dicen que lo mejor de los niños es su imaginación y que es una lástima su pérdida en la madurez? Pues ella ya sabe el porqué, por los padres, porque con sus prisas coartan cualquier ensoñación. O por lo menos su madre, Alicia, la mujer más acelerada del planeta, la maestra de decir una cosa y hacer otra. Porque le ha escuchado cientos de veces departiendo con sus amigos sobre lo importante de la creatividad y la imaginación en la infancia, pero a la que su hija se distrae, le mete un berrido como un bocinazo asesinando a sus visionarias neuronas.

Igual es que podría existir un dispositivo que se iluminara anunciando que la persona que tiene la mirada perdida y parece que está en babia, realmente se está dejando llevar por la imaginación y creando una historia memorable, como los conos naranjas que ponen en la carretera cuando hay un accidente o están re-re-rearreglando el asfalto. ¡Ja! Eso estaría bien.

—¡Candelaaa! —le reprende su madre—. ¿Quieres venir ya?

—Pero si estoy aquí ya —le responde hastiada corriendo hasta ellos.

—No, hija. No acabas de llegar, pero da igual. No me voy a poner a discutir. Nos toca pasar. ¿Estás nerviosa?

Candela sube los hombros como respuesta, intentando aparentar que no, pero la verdad es que sí. No ha podido desayunar por la mañana y ahora se alegra porque, si llega a hacerlo, estaría vomitando en este mismo momento. Su estómago baila como si estuviese grabando un tiktok de Camilo.

Jorge, su padre, estira el brazo hacia su hombro para acercarle a él y abrazarla.

—Cariño, es normal que estés nerviosa. No todos los días una visita la casa de Papá Noel —le dice él con su característica voz tranquila.

—Pues no. —Sonríe a su padre—. No todos los días... pero estoy bien.

—Espero que le digas algo, a ver si ahora, después del viaje que hemos hecho al Rovaniemi este, va y te quedas callada —le sermonea su madre.

—En ese caso hablaríamos nosotros por ella, Alicia, que para eso hemos venido. ¿No te parece? ¿O es que tú también temes hacer la del conejo frente a los faros de un coche cuando veas a Papá Noel? —le pregunta Jorge mientras guiña un ojo a Candela.

—Tú estás tonto —obtiene por respuesta.

Jorge se agacha y le dice a su hija al oído:

—Tu madre está más nerviosa que tú y que yo.

Candela y Jorge se ríen, mientras Alicia resopla y, justo en ese momento, sale el elfo de la entrada que les abre la cancela para entrar.

Los tres juntos, de la mano, acceden por un angosto pasillo a un salón con paredes de troncos de madera, decoración navideña, una chimenea enorme y un escritorio en el que está Papá Noel acompañado de varios elfos.

A Candela le tiembla hasta la última célula de su cuerpo. Va a ser que sí que estaba nerviosa.

—Bienvenidos, Alicia, Jorge y Candela. Acercaos a mí —les dice el famoso mago de los regalos en un español justito—. Vamos junto al fuego. Hace mucho frío ya y mis rodillas duelen.

El hombre se levanta de su escritorio y, asistido por una elfa muy sonriente, se sienta en un tronco frente a la chimenea.

La familia española se sitúa frente a él en otro tronco, a unos dos metros.

Candela abre mucho los ojos para no perderse detalle.

«Este sí que es Papá Noel. Se nota. Es supermayor y desprende magia en cada pestañeo», piensa para sí.

—Familia, gracias por venir a verme desde tan lejos —les dice—. Me encanta España. Os llevo esperando muchos años, pero ya estáis aquí. Bienvenidos a mi casa. Lástima que tenga muchos más invitados y no podáis quedaros mucho tiempo, pero he hablado con mis elfos y a cambio os darán un paseo con mis renos.

—Gracias, Papá Noel —le contesta Jorge. Alicia y Candela no abren boca.

—Candela, estás ya muy mayor, y muy preciosa. Sé por mis elfos que te portas muy bien y que sacas buenas

notas.

El cuello de Candela responde afirmando.

—¿Me has traído la carta con lo que quieres que te lleve a tu casa este año?

La niña abre su bolso y saca la carta que escribió en Madrid. Este año no tiene dudas: quiere una cámara de fotos.

La amable elfa se acerca, toma la carta y se la da a Santa.

Él la abre y la lee. Después sonrío.

—Haré lo que pueda, Candela... Me lo has puesto muy difícil, pero lo intentaré.

—Gracias —contesta animada.

—¿Y algo más? ¿Quieres pedir algo que no sea material? ¿Algo para tus padres, o para algún familiar? Recuerda que este lugar es mágico y los deseos pueden hacerse realidad.

Candela piensa, pero enseguida lo tiene claro.

—Quiero ir a ver a mi tía Amanda que vive en Nueva York y está muy sola.

—¡Oh, qué pena! Pero seguro que ella tiene muchos amigos allí —le responde.

—No, ¡qué va! Siempre que hacemos videollamadas o está en casa o trabajando. Es actriz, ¿sabes?

—¡Uy, qué bonita profesión! —habla por primera vez la elfa.

—¿Y estás preocupada por ella? —le pregunta Papá Noel.

Candela piensa lo que va a decir antes de hablar y responde:

—¿Puedo pedirte otra cosa Papá Noel?

El anciano se ríe, con esa carcajada que ha escuchado decenas de veces en películas, pero esta vez suena a verdad.

El cuerpo de Candela se escalofría entero de la emoción.

—¡Pues claro! Estás en la casa de los deseos. Pide, Candela.

La niña mira a su madre y recibe una sonrisa un tanto asustada, pero se decide a pronunciar:

—Quiero que mi tía Amanda encuentre un novio esta Navidad y se case para que no esté sola nunca más.

—Hija, eso quizás es muy difícil... Mi hermana no está ahora mismo para novios y...

—Lo intentaremos, Candela —interrumpe Papá Noel a Alicia—. Si algo nos gusta en el Polo Norte es que nos pidan deseos de amor. Una de mis elfas se pondrá a la tarea, pero quizás tardemos un poco más de lo que tú quieres, ¿vale?

Candela sonrío entusiasmada. Está deseando llamar a su tía para contárselo.

La elfa que ayuda a Papá Noel a levantarse y a que regrese a su escritorio, sonrío también. Este deseo le ha tocado el corazón. Si ella pudiera, haría todo lo posible por cumplirlo. Si ella pudiera...

Capítulo 1:

No estoy tan sola

Me levanto tiritando de frío y toco el radiador.

¡Fantástico! ¡Se ha vuelto a estropear la calefacción!

—¡Mierda de Manhattan!

Con lo que me costó el apartamento y las veces que se rompe la calefacción. Estoy más que harta. Por lo que pago de comunidad, debería haber un técnico todo el día en la sala de calderas.

Busco en el armario la chaqueta de lana que me compré en Madrid y me cubro la garganta con una bufanda. Estamos a días de terminar el musical y no me puedo permitir perder la voz. Michael me mataría.

Miro el reloj, son las siete de la mañana, me había puesto el despertador para salir a correr, pero es mejor que ese tiempo le invierta en arreglar este desaguisado porque esta noche quiero regresar a un hogar vacío pero caldeado.

El invierno en Nueva York es tan frío que todos los años añoro regresar a España e irme al sur a la casita que tiene mi hermana en Cádiz, pero siempre me sale algún trabajo y me tengo que quedar.

Voy hacia la cocina, caliento leche en un cazo y enciendo la cafetera.

No es que sea una naturista contra los electrodomésticos, pero el microondas se rompió hace una semana y el conserje, que me prometió arreglarlo, lleva dándome largas desde entonces. Es un manitas. Siempre le pregunto a él antes de llamar a algún técnico, pero esta vez se lo está tomando con una calma tipo albañil cuando te dice «ahora te llamo». A veces pienso que todas estas nuevas modas que nacen antitecnológicas, *followers* de todo lo prehistórico, así como el ayuno intermitente, lo de no ducharse todos los días o el boicot a los congelados, realmente se originan del caos y la vagancia que da buscar un operario que te arregle el problema en cuestión sin morir en la espera o enfermar por el riñón que te cobran nada más poner el pie en tu casa.

En Manhattan es más difícil encontrar un técnico que un taxi en Nochevieja, por lo que te adaptas a vivir sin el electrodoméstico estropeado y encima lo aprovechas, le pones un nombre cuqui y te haces el moderno.

Me preparo el café y, mientras voy hacia mi teléfono, me aseguro de que hayan pasado veinte minutos desde que me desperté. Me tengo totalmente prohibido mirar cualquier tipo de pantalla en los primeros veinte minutos de mi día. ¿Por qué? Pues porque me lo dijo una dependienta en el Soho una vez, que los expertos dicen que es malísimo hacerlo para los ojos y, además, que te puede generar mucho estrés ver todos los pendientes que tienes en ese día. A la larga, eso te altera el sueño. Y si yo tengo dos problemas son esos: estrés y problemas para dormir. Además, que si quieres parecer alguien importante en esta ciudad tienes que contar cosas así. Hay que alistarse a todo este tipo de modas para estar en la onda y, si encima eres el precursor, te ganas miles de seguidores. Eso sí, yo que creo tener la cabeza en mi sitio, te digo que la línea entre ser un yogi o padecer de TOC es muy fina, y que por eso medio Nueva York va al terapeuta, al psicólogo o al psiquiatra.

Veo en la pantalla que anoche me llamó mi hermana. Ya habrán vuelto de Finlandia. Luego la llamo, pero primero voy a despertar al vago del conserje.

Diez minutos después tocan a mi puerta.

Dejo el nuevo guion que no he empezado a leer sobre la mesa y me miro en el espejo antes de abrir. Aunque sea el de la calefacción, siempre tengo que parecer arreglada porque un mal rumor te puede desahuciar durante meses y quitarte oportunidades.

Abro y me encuentro con Peter, el buenorro de mi vecino, y su sonrisa socarrona.

—No has salido a correr y habíamos quedado.

—Piii..., error. Tú dijiste que ibas a correr y yo te dije que igual me apuntaba, pero no sé si te has dado cuenta, amigo, de que no hay calefacción.

Peter sonrío y toda esa hilera de dientes perfectos y blanquitos me provocan.

—Pues claro, dime que has llamado ya al conserje.

—Sí y me ha dicho que iba a avisar al de la caldera, pero que no cree que esta mañana esté arreglado, así que abrígate.

Peter, como suele hacer, a su antojo, empuja la puerta y entra en mi casa.

Yo reniego mientras le sigo a la cocina y le veo servirse un café, sin dudar de dónde están las tazas o el edulcorante, y después se apoya en la barra mientras bebe.

—¡Uhhh! Me encanta tu café español.

—A ti lo que te encanta es gorronearme, que ya me tienes acostumbrada y hasta, cuando hago la compra, pienso en la leche y en los cereales que te gustan.

—¿Me has comprado cereales? —me pregunta divertido.

—En el armario del centro —le respondo simulando hastío.

Peter se da la vuelta y, mientras busca, yo no puedo evitar perderme en su espalda y en su trasero que están esculpidos por los dioses y trabajados en muchas carreras y ejercicios de *crossfit*. Es lo que tiene el real cuerpo de bomberos: unos cuerpazos de calendario. Pero es que encima de que Peter sea guapo a rabiar, con rasgos latinos, ojos oscuros, labios gruesos y mandíbula ancha, es el bombero más sexi de todo Nueva York. Y no lo digo yo, se hizo viral hace dos años en la red. Desde entonces, de vez en cuando, trabaja en moda y se lleva un dinerito; de ahí que se pueda costear un apartamento en una zona como esta.

Los dos nos vinimos a vivir casi a la vez a este edificio y nos hemos ayudado a sobrevivir en la soledad a la que te empuja a experimentar esta ciudad.

No es que él esté solo. ¡Qué va! Pocas veces duerme solo en su colchón. Las paredes son de papel. Pero una cosa es sexo y otra familia, y ambos, inmigrantes, echamos de menos a las nuestras.

¿Me he acostado con él?

Pues claro.

¿Hay algo más?

No, para nada. Es el ser más mujeriego del planeta. Jamás podría fiarme de él.

Peter echa los cereales desde la caja en su boca y después bebe café. Sus modales de puertas para adentro dejan mucho que desear, pero entre él y yo ya no hay melindres de ese tipo.

—¿Hoy tienes función? —me pregunta.

—Sí, a las cinco.

—¿Quieres venir después a la fiesta de cumpleaños de John?

—No —respondo rotunda.

Peter se ríe.

—No lo vas a olvidar nunca, ¿no?

No contesto, pero porque ya sabe la respuesta.

—Fue una chorrada, Amanda. Olvídalo...

—Lo tengo olvidado, Pet, pero sabes que John me incomoda. No me gusta cómo me mira.

—Te mira como la mitad de los hombres en esta ciudad y porque los otros son gays. Eres un bombón, Amanda.

—Gracias, pero eso no justifica que me mire como si yo fuera un producto y no una persona. Estoy harta de eso.

—Ya... lo de que te pidiéramos hacer un trío, no ayudó, ¿verdad? Pero es que, en serio, John es un hacha. Le he visto en acción, y te iba a quitar todo el estrés. Está loco por ti.

—Pet, una cosa es que tenga sexo ocasional contigo por la confianza que hay, y otra es que me acueste con todo bicho viviente.

—Amanda, no hay ningún bicho viviente. Solo te acuestas conmigo.

—Eso no es verdad.

—Eso sí es verdad, y lo sabes. Nena, eres una monada, pero estás escondida entre estas paredes y tu miedo al fracaso.

—Pet, contigo y mi satisfyer me basta y me sobra, y no es cuestión de miedos. Es que paso de tener una pareja chupasangre. Además, no quiero hablar de esto, así por la mañana.

Pet se me acerca despacio, clavando sus ojos en mí.

—No te enfades, preciosa... Sabes que te quiero.

Nos abrazamos como amigos.

Me distraigo en su olor. Aunque viene de correr, huele igual de bien que siempre.

Siento como se endurece al estar tan pegado a mí.

Aparto mi cabeza para mirarle interrogante.

—Llevo tres días. Te lo prometo —me lo dice con cara de perrito abandonado.

—¿De verdad?

Pet se acerca y me da un suave beso en los labios.

—Jamás te miento con eso. Tres días sin acostarme con nadie, lo juro. Estoy limpio para ti. Hace mucho frío en este apartamento, déjame que te caliente... —me dice con esa voz seductora pegada a mi oreja y sé que no voy a poder negarme, ni quiero. Lo que más me apetece es entrar en calor bajo su cuerpo y si él me ha prometido que no se ha acostado con nadie, le creo.

Tengo esa norma con él: sexo sí, pero siempre y cuando no comparta fluidos con otras, y tienen que pasar mínimo dos días para que lo acepte.

—Tengo un poco de prisa —le digo para sonar práctica y así darle nombre a esto que tenemos—. ¿Sofá, suelo o cama?

Pet me mira y sonrío pícaro.

—Donde tú quieras, princesa.

—No me llames princesa —le reprendo.

—Pues en ese caso, en el suelo. —Pet me agarra y caemos sobre la alfombra.

No es que haya mucho espacio, aunque creo que el justo y necesario para los planes de mi vecino, que ya me ha quitado el pantalón de estar por casa y está haciéndose un hueco entre mis braguitas para hacerme perder el sentido con su especialidad.

Pet es un maestro en el arte del sexo oral y es su ritual, como el aperitivo antes de almorzar en los restaurantes españoles; lo practica nada más empezar y así se asegura el éxito.

Cierro los ojos y me dejo llevar por su lengua, y lo que me provoca.

Tres minutos después, cuando estallo en un orgasmo y él asciende para penetrarme sin darme tregua a respirar, pienso que no estoy tan sola y que no sé por qué todas las noches mi apartamento se me echa encima.

Capítulo 2:

¿Me estaré volviendo loca?

—Tía, te lo prometo. Papá Noel nos dijo que sí, que te va a conseguir un novio.

—No dijo exactamente eso, Candela. No inventes —le reprende mi hermana.

—¡Qué sí, tía, que lo dijo! Tú estate atenta y sal siempre guapa a la calle.

Me río por las ocurrencias de mi sobrina Candela y le respondo:

—Eso intento, cariño. Suelo asearme a diario, y te juro que estaré atenta por si se me cruza el hombre de mis sueños, pero a ver si va a ser una ilusión y desaparece por Navidad...

Veo por la videollamada como los pensamientos de Candela se complican, pero enseguida lo resuelve:

—¡No, tía! Yo le dije un novio, no un elfo. Te va a durar para siempre.

—¡Ufff, para siempre es mucho tiempo! —le digo.

—Bueno, pues al menos hasta que vuelvas a España. Luego aquí ya estamos nosotros.

Mi hermana se ríe.

—Candela, te lo agradezco, de verdad, pero es que igual yo no quiero novios y no me siento tan sola como crees. Tengo muchos amigos.

—Pero hablan inglés, y los ingleses son raros.

Ahora la que me río soy yo.

—Aquí no son ingleses, cariño. Son americanos... —indico y miro a mi hermana que ha levantado la cabeza, y sé que está pensando lo mismo que yo... peor. Son más raros aún.

—¡Por eso, tía! Con un novio no tienes por qué conocer a más gente rara.

—Pensándolo así... —bromeo, pero Candela, que todavía no descifra el sarcasmo, da palmaditas ilusionada.

—¡Se lo voy a contar a papá! ¡Vas a tener novio!

Candela sale corriendo y desaparece de la pantalla. Sonríe a mi hermana.

—Tu hija está para que se lo miren —le digo—. Vaya perra ha cogido con que tengo que emparejarme.

—Pues sí, bonita. Se lo vengo diciendo a su padre, que lo de nuestra hija y sus ganas de arreglar el mundo no son normales, pero te va a tocar hacer un papelón, hermanita.

—¿Cómo?

Alicia se atusa el pelo, que como siempre luce perfecto y yo sé que significa en ella debilidad. Y si Alicia muestra debilidad, es que algo la altera.

—Se trataba de una sorpresa, Amanda, pero visto lo visto... Jorge me regaló el año pasado un viaje a Nueva York para verte, pero con el coronavirus no hemos podido. Ahora, ya se puede viajar, y el veintitrés de diciembre nos tendrás allí para celebrar la Nochebuena contigo.

—¡Qué me dices! ¡Qué sorpresa!

—Tengo muchas ganas de verte, hermanita...

—Y yo a ti.

—El caso es que a tu sobrina le queda nada para dejar de creer en la magia de la Navidad y me da tanta pena... Si vamos allí y no tienes novio, puede que ate cabos, así que más te vale decirle a un amigo que se haga pasar por tu alma gemela.

—¡Y a quién le digo eso! ¡Quedan dos semanas, Alicia!

—Díselo al bombero.

—¿A Peter? Imposible. Se va estas Navidades a su casa.

—Pues a algún compañero del teatro.

—¡Qué fácil! Oye, ¿te haces pasar por mi novio la noche del veinticuatro y dejas de cenar con tus amigos o familia para que mi sobrina de nueve años siga creyendo en Papá Noel?

—Algo se te ocurrirá, hermanita... Te dejo que tengo una reunión ahora con el de recursos humanos. ¡Chao, preciosa!

Mi hermana desaparece de la pantalla y la estupefacción se instala conmigo.

Es que de verdad no lo entiendo, que tenga que pagar el pato yo de la educación de Candela no es normal. Cada dos por tres me vienen con una historia diferente. Aún recuerdo cuando con cinco años tuve que maquillar a mi hermana y a Jorge con granos y ojeras para que pensase que estaban enfermos, y así convencerla de que se quedase

conmigo y ellos pudiesen escaparse un fin de semana.

¿De dónde saco yo un novio en Navidad? ¡Joder, parece un telefilm!

Camino al baño y me quito la toalla del pelo con un humor de perros. Tengo que darme prisa en arreglarme porque se me ha ido la mañana entre unas cosas y otras, y en mi espesa melena tardo mínimo media hora. Tengo pelo para exportar. Soy de esas afortunadas. Sí, lo admito.

La verdad es que tuve suerte en el sorteo y nací con un buen físico. Mido metro setenta y cinco, soy delgada — mis quince años de *ballet* algo tendrán que ver—, mi melena es ondulada, fuerte y rubia oscura, los ojos son del color de los de mi padre, verde oliva, y mi cutis es suave.

No todo es perfecto.

Descubrieron que mi mordida era pésima y he llevado aparato muchos años hasta que me ha quedado una dentadura de anuncio y una mordida plus. Lo malo, es que apenas puedo comer lo que me gustaría porque en mi profesión se exige el culto al cuerpo; vamos, que estés delgada como la Kidman, y solo me permito un extra de calorías dos cenas a la semana. El resto, smoothies, sopas y pokes light. Nada de refrescos, ni entre horas.

Estoy operada del pecho, ya sé que se puede imaginar, y llevo relleno de hialurónico en los labios. Lo demás, todo es natural. Estoy orgullosa de mi físico. Sería absurdo negarlo. Ahora bien, eso no repercute en mi seguridad, porque puestos a reconocer tanto lo bueno como lo malo, tengo problemas de confianza y eso provoca que me aterre todo o casi todo.

Suelo pensar que no me gusta la gente. Muchos me aburren y otros me asustan; y eso que el abanico de gente en esta ciudad es muy amplio, pero todo es tan forzado que me aísla.

Echo en falta la naturalidad, pero no solo en ellos, incluso en mí. Vamos tan rápido, intentando cosechar el éxito y desprendiéndonos de nuestras taradas infancias, que la pose que nos creamos ante los demás nos la subimos a casa y, de pronto, te miras un día al espejo y te das cuenta de que no tienes ni pajolera idea de a quién tienes delante.

Ser actriz no es sencillo. Que te reconozcan al principio hace ilusión, pero al mes estás agotada de fingir que eres feliz y perfecta. Cuando pierdes el anonimato tu libertad se va con él, y eso no te lo explican en la escuela de interpretación, ni tampoco que el *acting* cruza la cuarta dimensión, porque donde más actúas es fuera de escena. En el supermercado, comiendo en un restaurante, en un paseo, en cualquier sitio donde haya gente interpretas que eres una mujer exitosa, y tanto repites la escena que te la llevas a tu hogar, a tus noches, a tu día a día... ¿Por qué duran tan poco las parejas de actores? Porque nos desdibujamos con los papeles que nos dan, perdemos, en parte, nuestro ser y nos tragamos al personaje y su entorno. Cuando lo soltamos, como una cuerda de goma, volvemos poco a poco a nosotros, pero ya no somos los mismos, nos hemos dado de sí.

Llaman a la puerta y voy a abrir. Pet me tiende una bolsa de comida del restaurante japonés de abajo.

—Tu pedido está listo.

—Gracias, Pet —le digo.

—De nada, mi niña. ¿Luego nos vemos, pues?

—Ya te he dicho que no. Del teatro me vendré a casa. Tengo que leer este guion.

—Vale, vale... Tú te lo pierdes. Le daré recuerdos a John de tu parte.

—Ni se te ocurra.

Mi vecino se va y cierro.

No me gusta nada John. Es un idiota monumental. Se cree gracioso y dispara chistes como un aspersor, de los cuales igual al año uno tiene gracia. Por lo menos para mí. Porque posee un humor de esos que dividen, no que suman, de esos que solo se ríen dos y los demás se ofenden. Si a eso le añades que me mira como si fuese un jamón ibérico, pues da como resultado una compañía ingrata.

Mientras como el poke de verduras, leo en mi horóscopo lo que me puedo esperar del día y me sorprende lo que pone:

«Hoy tendrás tres propuestas y si estás atenta, puede que te cruces con el amor de tu vida».

¡Anda, mira qué bien! Se lo tengo que contar a Candela.

Sigo probando suerte y abro una de esas galletitas que contienen esos mensajes tan abstractos que valen para todos.

Se me cae el pequeño papel al suelo cuando leo:

«Tres propuestas. Di que sí al amor de tu vida».

¿Esto es en serio?

Salgo de casa un poco justa, pero creo que me da tiempo a comprarme un café en mi cafetería favorita de Manhattan. Está a dos manzanas del teatro. Depende del tráfico, pero por suerte mi conductor del Uber se conoce las calles y me deja justo en la puerta diez minutos antes de mi hora de entrada.

No es un Starbucks. Ni lo pienses. Ya he explicado que echo en falta la naturalidad y esta cafetería es de lo más normal que hay por aquí. Aunque es un pequeño bar con pocas mesas, y una barra sin adornos, sin embargo, el surtido de café y su calidad compiten a primer nivel.

—¡Buenas tardes, Amanda!

—Buenas tardes —digo mientras leo en el pin que lleva en la camisa su nombre porque nunca lo recuerdo—, Acher.

Él sonríe porque siempre se da cuenta de que le tengo que leer para saludarle; y no es que pase desapercibo, porque es un israelí más guapo que un primor. Quizás también por su sonrisa, que desconocía hasta hace unos meses, en los que nos pudimos quitar la mascarilla y le vi al completo. De los pocos casos de desconocidos que han ganado al quitarse la mascarilla.

—¿Qué vas a querer hoy? ¿Algo extrafuerte como a mí me gusta y nadie se atreve o te rindes y quieres un café normal?

Le miro divertida y le respondo:

—Sabes que fuerte. Yo nunca me rindo.

Acher sonríe y se da la vuelta para prepararme la bebida con leche de avena calentita.

Cuando me da el pedido me hace una seña. Siempre escribe tonterías a sus clientes fijos en la faja de cartón que rodea el vaso.

Lo leo y la sorpresa versus estupefacción hacen mella en mí. Nunca me había puesto nada así. Le miro interrogante y me responde:

—Tú eres la única chica que elige el fuerte —dice con su hipnótica sonrisa y me guiña un ojo—. ¡Mucha mierda para hoy!

—¡Gracias, adulador!

Acher se ríe y se apoya en la barra para despedirme mientras yo salgo con mi vaso de café calentito con un mensaje un tanto preocupante:

«Cásate conmigo».

Capítulo 3: Nothing Hill

Salgo del teatro agotada. En cada musical pierdo uno o dos kilos. Lo tengo comprobado. Se gasta mucha energía en las coreos y, como el nivel de concentración es tan extremo, termino exhausta; y eso que vengo del *ballet*. Fui bailarina hasta los veintitrés en la New York City Ballet. No recuerdo nada tan duro como aquello. Las interminables clases y los ensayos hasta que todo saliera perfecto te anulaban las ganas de hacer algo después.

Viví por y para la danza hasta que una lesión me alejó de los escenarios durante unos meses, y luego no pude volver.

Me quedé compuesta y sin novio, con unos pies de hobbit que dan repulsión y un saco manías porque la danza es muy estricta.

Aunque voy por la puerta de atrás, varios fans me esperan para hacerse fotos conmigo; el nuevo autógrafo. Intento ser simpática, pero no les doy conversación. Me limito a responder con monosílabos y sonrisa programada, asintiendo como un robot que enseña dientes. Te debes al público, pero cuando lo único que deseas es una ducha y meterte en la cama, la deuda se hace muy costosa.

A los veinte minutos, logro escabullirme y, como hace buena noche y no he salido a correr hoy, decido ir a casa a pie.

Para esconderme de curiosos, me pongo un gorro de lana y unas gafas con cristales de mentira que me dan un aire intelectual. Tampoco es que sea archiconocida, pero cada vez más y se hace incómodo.

Me encanta caminar. Me despeja la mente. A veces creo que son los paseos por esta ciudad los que todavía me mantienen aquí.

Andar por Manhattan es una droga.

Ves a tantos tipos de personas que la imaginación se me dispara. Nueva York es un contraste constante: ricos, pobres, republicanos, demócratas, maniqués, hippies, locos, cuerdos, actores, cuentistas...

Ninguna ciudad en tan ambigua y a la vez tan vanguardista. Aunque, por lo que he viajado, y conozco la capital de mi país de origen, en las metrópolis viven los más modernos y arriesgados —alguien de provincias jamás llevaría el *look* de un madrileño de Lavapiés—, pero sin duda alguna la madre reina de la diversidad extrema es Manhattan. El día a día aquí es tan impersonal que, aunque te cruces con cientos de personas, puede que ninguno te mire a los ojos, y eso igual que a veces engancha; otras son de prozac cada ocho horas.

Y vivo aquí por cobarde. Hace tiempo que lo sé. Porque esta ciudad es mi expiación. A ella le echo la culpa de mis dramas. Regresar a España me aterrera porque puede que sea igual de infeliz y, entonces, el problema ya no será geográfico.

Camino hasta mi apartamento en el Upper West Side, casi al principio de Central Park, en la 109.

Me encanta mi zona. Es muy tranquila.

Llevo aquí muchos años y por primera vez puedo decir que la casa es mía. Siempre había vivido de alquiler, pero después de una serie que grabé para Netflix, decidí invertir ese capital en ladrillo y le pregunté a mi casero si me vendía el piso. Aceptó, y por eso llevó diez años en mi apartamento, pero solo dos como propietaria.

Me costó mucho dinero, pero sé que, si algún día me voy de aquí, lo que sacaría de rentarlo me daría para vivir en España de forma cómoda.

Suena mi teléfono. Me quito un guante, ganándome miles de hormiguitas con agujas en la palma de mi mano de puro frío, y descuelgo el teléfono.

Es Michael, mi agente.

—¿Amanda? ¿Me oyes? ¿Me oyes? —pregunta acelerado.

Resoplo. Somos tan distintos... Este hombre vive al borde del infarto. No puede saludar como todo el mundo.

—Si he descolgado es que es estoy. Buenas noches, Michael.

—¡Ah, sí! Oye, ¿te has leído el guion para la serie de Filmin?

—No, lo siento. No he tenido tiempo, pero me dijiste que tenía de plazo hasta la semana que viene —le expongo con voz relajada, la que suelo usar, pero con Michael la exagero para llamar a su neurona espejo y que se relaje.

En serio, me preocupa. Se acerca a los cincuenta y, aunque está en forma, ese ritmo de vida le va a pasar factura. Michael es importante para mí. Es y ha sido mi único agente. Los dos hemos crecido en nuestras profesiones juntos.

—Sí, era algo así, pero no te llamo por eso —canturrea—. Vas a alucinar, pequeña.

—¿Estás cantando? Es jueves, Michael. Hoy no es *sabbat*.
—Tú también vas a cantar cuando te cuente esto. No, vas a presentarte a La Voz, la vas a ganar y al año vas a triunfar en los putos Emmy. ¿Dónde estás?
—Pues cerca de mi casa.
—¿En Broadway?
—Bueno, sí. Cerca. ¿Qué tiene que ver?
—La noticia que te voy a dar es para que te corras delante de todo Broadway a grito pelado, y pidiendo más y más.
—Michael ahórrate tus guarradas para tus raperos.
—Nena, esto es grande, muy grande...
—Lo que es grande, Michael, es el frío que tengo en la mano. Dime lo que sea ya.
—Nena, ¿sabes quién te quiere para él solita y ha pensado en ti para su próxima superproducción?
—Si lo supiera no estaríamos teniendo esta conversación.
—Dime que sí, nena. Dime que sí...
—¿A qué?
—Después de esto vas a casarte conmigo, porque te conozco y sé que estabas deseando trabajar en algún proyecto español.
Me quedo un poco en shock. ¿Me acaba de proponer matrimonio? Aunque sea en broma... Ya van dos hoy. En la cafetería y ahora...
—¿Amanda? ¿Me oyes?
—Sí, sí... Dime de una vez. Y no me voy a casar contigo, porque a tu mujer no le gustaría.
—Vancouver Media te quiere. Álex Pina, nena. Álex Pina te quiere solo a ti para una pedazo de producción.
Transito de shock a shock como jugador de la oca. Exhalo el aire de los pulmones en un intento de tomar tierra.
—¿En serio?
—No te he dicho nada más en serio en mi vida.
—¿Te has leído el guion?
—Todavía no tienen guion terminado, pero nos han mandado uno provisional y está escrito para ti. Directo al cielo, Amanda.
—Bueno, tranquilo, que sabes que esto es como acaba y no como empieza. Así que pásame lo que tengas.
—Ya te lo he enviado, aunque ya te advierto que les he dicho que sí.
Me río.
—Me encanta que cuentes conmigo.
—Lo hago porque te quiero. De todas formas, me han pedido que hagamos una reunión la semana que viene para que te cuenten ellos el proyecto.
—Genial, Michael. Oye, te voy a dejar, que me estoy congelando.
—Vale, tómate un buen Rioja y fóllate a tu vecino para celebrarlo, venga.
—En serio, ¡deja el hip-hop! No te pega nada —le digo antes de colgar.
Miro al cielo, suspiro y le doy gracias.
Álex Pina: La casa de papel, El embarcadero, White lines...
Aprieto el paso porque estoy criogenizándome y, entonces, no sé cómo, me veo arrollada por algo y cayendo contra el suelo. Siento como se golpea mi cabeza contra el bordillo de la acera y todo se pinta de negro.

—Abre los ojos, abre los ojos... —Oigo muy lejos, así como a lo celestial. Los párpados me pesan tanto que ni que me los hubieran pegado con una pistola de silicona—. Abre los ojos, venga... —Vuelvo a intentarlo porque ahora me doy cuenta de que esa voz no estaba tan retirada y que me hablaba a mí—. Eso es. Abre los ojos. Vamos, chica...

Consigo despertar y siento un pinchazo enorme en mi sien. Vuelvo a cerrarlos. Paso.
—¡Auu...! —me quejo y me llevo una mano a la cabeza.
—¡Eso es! ¿Cómo te encuentras?
—¿Dónde estoy?
—¿Española?

Me percató de que he hablado en mi lenguaje materno, al que vuelvo cuando estoy en mínimos.

—¡Menos mal! ¡Ya viene! —escucho al chico que me está intentando despertar y, por lo que empiezo a entender, me tiene apoyada en sus piernas. Estoy tirada en el suelo de la calle.

Me cuesta abrir los ojos, pero lo consigo y le miro.

Es un hombre joven, con pinta de inglés por su cabello pelirrojo. No se ha dado cuenta de que le miro porque él está atendiendo a su derecha, a la carretera.

—¡Se acaba de despertar, Dylan! —le dice a alguien.

El inglés se gira y me mira.

Al instante se da cuenta de quién soy. Se lo veo en la cara de desconcierto y le escucho:

—¡Joder, pero si eres Amanda Martín! ¿Verdad? ¡Madre mía! ¡Cásate conmigo! Soy tu fan número uno. Te llamas Amanda, ¿no?

Intento incorporarme. Me acaba de pedir matrimonio y van tres hoy. Yo con este no me caso ni medio muerta como estoy. He de huir. ¡¡Arrástrate Amanda!! ¡¡Arrástrate!! Este chico es clavado a Spike, el de *Notting Hill*. ¡Levántate ahora mismo, Amanda!

Al instante siento que otras manos me frenan —¿será Hugh Grant?—.

—Deja de decir chorradas, Bob —le reprende el otro.

Ahora le veo. Un médico o enfermero de Emergencias. No le distingo bien por la oscuridad, pero hay algo en su voz que me pone nerviosa y no, no es Hugh Grant.

Vuelvo a cerrar los ojos porque me estoy mareando.

—Hola, ¿me oyes? El idiota de mi amigo te ha atropellado con un patinete —me explica el médico—. Necesito que abras los ojos. Tengo que valorarte neurológicamente y ver si es necesario llevarte a un hospital. ¿Te duele algo mucho?

Me autoexploro y lo único que me duele es la cabeza.

—La cabeza.

—Vale. Venga, abre los ojos.

—Es que me mareo un poco —le digo.

—No pasa nada. Estoy contigo.

Esta frase y con esa voz me rebota en el estómago provocándome una náusea feroz.

—Es Amanda Martín, Dylan. Estoy segurísimo... —Escucho al pelirrojo decirle al médico.

—¡Anda ya!

—¡Que sí, tío! ¡Que sí!

—¡No me jodas!

Antes de que sigan con la conversación paralela, levanto los párpados y esta vez sí que veo con total claridad al de Emergencias y a su consternación hablarme:

—Amanda...

—Dylan... —Vomito. Literal. Como un aspersor.

—¡Joder! ¡Qué asco! —escucho al inglés, aunque de lejos porque Dylan, todo cubierto de vómito, me ha levantado en volandas y me lleva rápido a la ambulancia.

Esta imagen ya la viví... hace muchos años.

Capítulo 4: Bob Dylan

Dylan me tumba en la camilla y me cubre con una manta de esas que parecen de papel aluminio. La cabeza me estalla del esfuerzo de vomitar y del cóctel de emociones que estoy viviendo: vergüenza, colapso, nervios...

Dylan se acerca a mí y me limpia con unas gasas mojadas la cara, el cuello y las manos.

Le observo trastear por la ambulancia y hablar con el conductor y con el pelirrojo que esperan fuera. Ha cambiado. Siempre fue muy guapo, pero es probable que haya ganado atractivo con la edad. Eso o el uniforme que le sienta muy bien.

Ahora leo que pone que es enfermero en la parte de atrás de la chaqueta. Enfermero.

Hace años no sabía qué hacer con su vida.

—Voy a cerrar. Hace frío. Quedaos fuera —le escucho y después de hacerlo, regresa a mí—. ¿Estás mejor, Amanda? —Afirmo con gestos—. Es necesario que hables. Tengo que explorarte.

—Estoy bien, Dylan. Solo me duele un poco la cabeza de vomitar, pero ya se me está pasando.

Su mirada complaciente no ha cambiado. Siempre fue una persona con tendencia a querer agradar y no llevar la contraria, aunque diría que ha crecido en seguridad, ¿o es rencor lo que me parece vislumbrar?

Dylan, sin decir nada más, coge una linterna pequeña y me pide que abra los ojos para analizar mi reactividad pupilar.

—¿Sabes dónde estás? —me pregunta mecánico.

—En una ambulancia.

—¿Qué día es hoy?

—Diecinueve de diciembre.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno.

—Vale. Mueve ambas manos.

Le obedezco y cuando me pide que lo haga con los pies, igual.

—¿Sientes esto? —Me acaricia la palma de la mano y vaya que lo siento, pero le digo un sí tímido—. ¿Y esto? —Cuando me sube el pantalón para tocarme el tobillo, me pongo tan nerviosa que me incorporo un poco y le contesto:

—Estoy bien, Dylan. De verdad.

Se toma una pausa en la que no dice nada, pero sus ojos azul turquesa, sí; y es rencor. Ahora ya lo tengo claro. Me guarda rencor. Claro que si recuerdo la última vez que nos vimos, no es para menos.

—¿Ibas para tu casa?

—Sí.

—Debes tomártelo con calma hoy y, si es posible, no te duermas. Que alguien te vigile.

—Pues no es posible —respondo asustada.

—¿Vives sola? —se extraña.

Me tenía que haber callado. Ahora me toca admitirle mi fracaso sentimental, pero no me queda otra.

—Sí, ahora vivo sola.

—Pues o te acompaña alguien o vamos a un hospital. Desde mi punto de vista, no tienes más que un traumatismo leve, pero estas cosas hay que vigilarlas.

—Me fio de ti y paso de hospitales. Se monta mucho circo.

Al principio no lo entiende, hasta que cae:

—La fama, ¿no?

¡Tampoco tenía que haber dicho eso! Pero ¿qué me pasa? ¿Sufro de gastroenteritis verbal? Le respondo con un tímido sí.

—Ya eres muy famosa, sí. Lo has conseguido. ¿Estarás contenta?

—¿Y tú? ¿Enfermero? Nunca me lo dijiste.

—Tampoco es que habláramos mucho de mí.

—Eso no es verdad. Sí que lo hicimos.

—No. Hablaste tú —me corrige.

Le retiro la mirada incómoda y busco en la ambulancia algo que destense el ambiente. ¿Un duende mágico por

aquí? Intento hacer memoria de aquella locura. La tenía casi olvidada. Me porté bastante mal con él, lo acepto, pero éramos tan jóvenes...

—Dylan, perdóname. Sé que no estuvo bien. Me gustaría que me perdonaras.

—¿Por qué?

—Porque sé que estás dolido conmigo y te juro que he cambiado. Ya no soy aquella chica tan ambiciosa. No quiero que me recuerdes tan mal.

Dylan se muerde los labios. Se ha dejado barba y le hace más masculino. Ha ganado también en músculos. Siempre fue de espalda ancha, pero ahora está más fuerte.

Él se me queda mirando durante unos segundos hasta resollar y sonreírme.

—Perdóname. Soy un idiota. ¿Cómo estás, Amanda?

—Ya te lo he dicho. Estoy bien. Me duele cada vez menos.

Dylan vuelve a sonreír.

—No me refiero a esto. Hablo de ti. ¿Cómo estás?

—¡Ahh! Pues contenta. Con muchos proyectos...

—Te confieso que no he visto nada tuyo.

Mi corazón se lamenta sintiendo un calambrazo de tristeza.

—Normal... No pasa nada. Hay mucha oferta.

—No, no es por eso. Es por...

—Ya. Lo entiendo —le interrumpe—. No hace falta que lo digas.

—Pero estoy seguro de que eres muy buena actriz.

—Con nuestro pasado común no sé cómo tomarme eso.

—No. Es en plan bien. —Se ríe—. No he visto ninguna peli entera, pero alguna escena, sí. Vale. Lo reconozco.

Llevo sin pensarlo una mano a su mejilla.

—Te portaste tan bien conmigo... y nunca te lo dije.

—No lo creo. Fui un idiota. De manual. —Me sostiene la mano con una suya.

—Y yo... Nos engañaron un poco y caímos como chinchas.

Nos sonreímos y nuestras miradas se enganchan. Aysss..., ¡Se me había olvidado! Era inaudito lo que me hacía sentir. Mi estómago se revolucionaba. Toda mi piel se escalofriaba y le sonreía como una fan. Pues ahora igual. Igual. Irremediabilmente igual.

El caso es que podría mirarle toda la noche. Así, en silencio. Él y yo tan a gustito. No sé qué me ocurre.

—Estás muy guapa, Amanda.

Levanto los hombros en señal de que me da igual ser guapa o no. Ahora mismo lo único que me apetece es saber más cosas de él, que no se vaya... Hacía tiempo que no me sentía tan real.

—¿Cómo es que vives sola?

—Pues porque estoy sola. No se me dan bien las relaciones. Deberías saberlo.

—Lo nuestro no fue una relación, propiamente hablando. Para el resto del mundo sí, pero tú y yo sabemos que no.

—Ya... Bueno... ¿Y tú? ¿Tienes pareja? —me atrevo a preguntarle.

Justo en ese momento la puerta de la ambulancia se abre y entra el tonto del patinete.

—Me estoy helando fuera, ¿cómo se encuentra mi actriz favorita?

—Está bien —le responde Dylan con voz hastiada—, y tiene nombre. Amanda, de hecho.

Le sonrío.

—Amanda, tengo que explicarte que este ser es mi amigo y compañero de piso Bob, y que me ha avisado del accidente. Acababa de verle, y por eso he tardado tan poco.

—Vale. Ahora lo entiendo.

—Yo creo que no es necesario que vayas al hospital, pero lo de que estés sola, no me convence.

—¿No puede estar sola? —pregunta Bob.

—No. Hay que vigilar su nivel de conciencia.

—Vale, como me siento responsable, me quedo yo con ella —dice el pelirrojo.

Miro a Dylan con cara de susto y él me lanza una sonrisa tranquilizadora.

—Tú y yo tenemos hoy el torneo —indica Dylan a su amigo.

—¡Ah, es verdad! ¡El torneo! ¡Pues que se venga!

—¿Cómo? —digo asustada.

—No, va, me quedo yo con ella —anuncia Dylan y yo respiro.

—¡Ni en broma! Tú eres nuestra mejor baza. Si vas tú, el equipo pierde seguro. Me matan. Me quedo yo.

—No, Bob.

—No, Dylan.

Los miro. ¿Se habrán dado cuenta de lo curioso que suenan sus nombres juntos? ¿Se lo digo o será una broma tan típica que Dylan me desahuciará en brazos de Bob? Me callo. Bueno..., les pregunto:

—¿De qué es el torneo?

Atiendo a Dylan, sé que está dudando si decírmelo o no, hasta que Bob se adelanta:

—De canasta. De máquinas de tiro. Tienes que ver a Dylan. Es un hacha.

—¿De canasta? ¡Me apunto! Si se puede... —respondo dudosa.

—¿En serio? —se atropellan los dos.

Capítulo 5: Ocho años antes

—Michael, no estoy nada segura con esto. Creo que es amoral —le digo a mi agente.

—Lo sé, Amanda, pero es la única forma.

—No, la única no.

—Bueno, pero una muy importante y rápida. La productora ha contado contigo. Ahora no les podemos decir que no.

Me siento en una butaca de terciopelo rosa frente a un espejo de pie que hay en la enorme y sofisticada *suite*. Ya me han arreglado y nos han dejado un rato a solas a mi agente Michael y a mí. Se me ve bien. Es curioso, ya me observo como una espectadora, porque si yo fuera la que está viendo esta imagen diría que la chica está guapísima, sin embargo, yo no me siento yo. ¿Será este el principio de mi locura? Me he desdoblado.

—¿Ya has conseguido saber algo de él?

—Sí, que es de tu edad.

—¿Cómo se llama? —Michael me mira preocupado—. ¿Cómo se llama, Michael?

—¿Y qué más da eso?

—Aunque te parezca tonto, quiero saberlo.

—Yo te lo digo, pero luego deberás aparentar que no sabías nada.

—Vale.

—Se llama Dylan. —Suspiro. Dylan. Es bonito. Suena a americano, pero vete a saber—. Nos quedan cinco minutos para grabar, Amanda. Venga, bebe agua, respira y haz el papel de tu vida.

Me levanto temblando como un corderillo.

Michael se da cuenta y camina hacia mí. Me toma por los codos y me mira antes de decir:

—Amanda, mi niña, esto puede abrirte muchas puertas. Te dará a conocer. Luego tendremos que reorientar tu carrera, pero para eso estoy yo. Piensa que hace tres meses no tenías nada.

—No lo sé, Michael. Dudo de todo, en serio...

—Y yo, Amanda, pero te prometo que voy a pelear por ti y me voy a dejar el culo en llevarte a la gran pantalla. Esto es un primer paso.

—¿Y él?

—¿Quién?

—El tal Dylan.

—No sé. Él tendrá sus razones.

—Y si él lo hace de verdad.

—Ese no es tu problema.

—O sí.

—No, Amanda. Nadie hace esto porque busque el amor de su vida. No seas ingenua.

—¿Y si él sí?

—Pues que se joda por idiota. La vida no funciona así.

—¿Así cómo?

—Pues como un jodido cuento de hadas. ¡Por Dios! Deja de cuestionarme todo, Amanda. Lo vas a hacer y lo sabes, porque eres una mujer valiente, porque te has dejado los cuernos bailando y ahora ya no sabes qué hacer. Porque te mereces esta oportunidad. No pienses en él. Él da igual. Él es un monigote. Tú brilla, llora, emocionate y sonríe azorada. Dale al público lo que quiere, y la productora sabrá recompensártelo, me lo han dicho.

Suenan dos toques en la puerta.

—¿Estás lista, Amanda? —escucho a la presentadora del programa al otro lado.

Michael me mira tenso.

Busco mi imagen en el espejo. ¿Cómo he llegado a esto? Yo quería bailar, amaba la danza, me entregué a ello, me alejé de mi familia, de mi país... por bailar en el *ballet* de Nueva York, por aprender del método Balanchine, y me sentía realizada hasta que una artrosis de menisco me ha impedido continuar. Estoy más perdida que un dictador en una asamblea.

Sabía que lo siguiente en mi carrera era la interpretación. Llevo queriendo ser actriz desde que tengo uso de razón,

y por eso me he formado desde hace dos años, pero es tan difícil darse a conocer...

—¿Amanda?

Vuelvo a escuchar a Jessica Abbot, la famosa presentadora.

Quiero decir no, que no, que paso, pero miro a mi alrededor y la responsabilidad me cae sobre los hombros. No puedo. He de hacer lo acordado. Esto se lo debo a mi estricta educación. Ser feliz puede ser para mañana...

Me levanto, miro a Michael con rabia y en español digo:

—¡Me cago en la madre que me parió!

Abro la puerta y allí están las cámaras y una superbronceada Jessica con micro en mano, aparentando sorpresa.

—Estás maravillosa, Amanda. Eres una novia espectacular.

Sonrío.

—El novio ya está esperándote. Te aviso de que tiene a las chicas de la redacción como locas. Nena, te has llevado al más guapo. —Se carcajea.

Yo no. Yo tengo ganas de llorar.

—Estás nerviosa, ¿verdad? —Le digo que sí—. No lo estés. Hoy, Amanda, vas a conocer al hombre de tus sueños. El programa os ha calculado un noventa y ocho por ciento de compatibilidad. Estáis hechos el uno para el otro. —Sonrío—. ¿Estás lista?

—Sí.

—¿Vienes libre y conscientemente?

—Sí.

—Pues mi preciosa novia, síguenos.

Bajamos las escaleras y espero una eternidad detrás de un escenario.

No puedo evitar sentir nervios. Esto es una locura y no tiene nada que ver con mi forma de ser, pero, cuando acepté, estaba tan perdida que un baile en una despedida de soltero me habría parecido un trabajazo.

Por fin un guionista viene hacia mí y me indica que ya me toca. Cuando suene la música tendré que avanzar por el pasillo.

Veinte minutos después, suena la banda y se abre la cortina que me separaba de todo el jaleo.

Camino con la marcha nupcial de Richard Wagner sin levantar la cabeza; en parte porque el cámara me está agobiando un montón y con no caerme tengo suficiente. Me ha parecido vislumbrar al chico, pero hasta que no llego al final del altar improvisado en esta playa y le tengo delante, no le veo.

Jessica, que es quien nos casa, se acerca a mí. Me deja el ramo en la mesa y coge mis manos para llevarlas a las de él.

—Amanda, te presento a Dylan. Dylan, te presento a Amanda.

Me quiero morir, que me parta un rayo o me dé un infarto. ¿Cómo mierdas he llegado hasta aquí?

—¿Habéis venido libres y conscientemente a este matrimonio?

—Sí —vuelvo a decir y escucho por primera vez la voz de él, lo que me empuja a mirarle.

¡Oh! ¡Este chico me suena! No sé de qué, pero le conozco... ¡Ah, sí! Juega al baloncesto frente a unas canchas que hay en mi escuela de interpretación. ¡Es él!

Sonrío.

¡Qué casualidad!

Él también me sonrío, percibo que le tiembla el labio y las manos. También a mí.

Me acerco y le digo al oído:

—Eres de Nueva York, ¿verdad?

Él asiente y vuelvo a acercarme a su oído.

—Juegas al baloncesto frente a mi escuela.

Él me estudia.

¡Uff! Es muy guapo. Sus ojos azul turquesa son especiales. Nunca le había tenido tan de cerca, pero su sonrisa... Tiene cara de buena persona.

—Yo también te he visto. Eres la de la parada del bus, siempre escuchando música.

Nos sonreímos, hasta diría que felices. Esto lo hace algo más normal. No voy a casarme con un total desconocido. Es el buenorro de las canchas, el que juega siempre entre bromas, y sus movimientos son muy definidos y enérgicos.

Todas las veces que le he observado, he pensado que sería un bailarín excelente.

La ceremonia comienza y dura una eternidad porque sacan varias tomas y planos.

El director es un melindres y nos corrige cualquier gesto o postura. Así que, cuando llegamos a la parte final, cuando nos ponemos los anillos, estoy tan agotada que no le doy ni la mínima importancia.

Ahora sí se ha convertido en un plató de televisión y yo no me estoy casando de verdad.

Lo malo es que lo primero es cierto, pero lo segundo no.

El banquete y la fiesta duran otra eternidad.

El director nos hace brindar decenas de veces. Sentados, de pie, de lado, otra vez en pie, con invitados, solos... Acabo exhausta, acalorada y aburrida.

—No veo la hora de que llegue nuestra luna de miel —me habla al oído por primera vez Dylan.

Le miro un poco asustada porque no sé si se está pensando que esto de hoy va a acabar como los matrimonios de verdad.

—¡No, no! —Levanta las manos para defenderse de mi mirada iracunda—. No me refiero a eso. Hablo de irnos de aquí. Esto es una pesadilla.

—¡Ah, vale! Te había entendido mal.

—Bueno, sí, ha sonado regular. —Sonríe apocado.

Me río.

—Yo creo que solo nos queda el baile —le digo esperanzada.

—Sí, y yo, pero viendo lo visto, nos van a salir callos en los pies.

—Difícil. He sido bailarina. Mis pies son dos rocas.

—Ah..., ¡qué bien! Me va a tocar bailar con una bailarina —bromea.

Le empujo un hombro con confianza, como si le conociera de toda la vida.

—Tienes un acento extraño, ¿de dónde eres? —me pregunta.

—De Madrid.

—¿De España? ¡Qué guay! Siempre he querido ir.

—Pues yo hace mucho que no voy, como me vine a la escuela de danza...

—¿Y vives sola aquí?

—Sí. Bueno, no, con compañeras de piso y eso...

Dylan afirma y como parece que se nos ha acabado el tema de conversación, mira al director que está indicando algo de las luces a los cámaras.

—Esto es muy extraño, ¿verdad? —le pregunto en un arranque de sinceridad.

—Bastante —responde—. Yo diría que loco. Muy loco, pero ya no hay marcha atrás.

—Bueno, sí. Esto no es definitivo... —le aclaro. Yo pienso firmar el divorcio dentro de un mes. Es la condición *sine qua non* que le exigí a Michael para participar en este *reality*.

Dylan vuelve a dejar de mirarme y en sus mejillas distingo el bochorno. Igual me he pasado de impetuosa.

¡Salvados por la campana! Nos toca bailar.

El director y nuestros *coaches* nos preparan por separado, y, más o menos, nos vienen a decir que nos besemos, que han notado una química que traspasa la pantalla y que nos arriesguemos.

Solo van a hacer una toma. Por tanto, lo que salga, salió. Ahora de repente buscan la organicidad. Llevamos toda la ceremonia bajo la senda de un guion y ahora nos quieren sinceros.

Yo no entiendo nada...

Suena la música.

Jessica, micrófono en mano, nos indica que vayamos al centro de la pista.

Camino y, cuando llego, le miro.

Está nervioso, y yo.

Nos vamos a tocar, a acercarnos... Voy a oler su aroma.

Soy yo la que da el primer paso y me acerco para sujetar su mano en el aire.

Su tacto es áspero. Debe de ser de jugar al baloncesto.

Él hace lo propio y posa su otra mano en mi espalda arrimándome a él.

Soy una thermomix de emociones: la base es incomodidad, pero hay otros ingredientes como la sorpresa que me

acabo de llevar al oler su aroma y darme cuenta de que es muy rico, de los más personales que he apreciado tan cerca. Otra cosa que me gusta es que, al ser tan corpulento, su cuerpo abarca al mío y eso me hace sentir protegida; asunto que, según mi estado de nervios, no es para desdeñar.

Damos pequeños pasos, y sigue el ritmo. No es un patán. Siempre lo intuí cuando le veía jugar.

Nota a nota me relajo e intento meterme en el papel. Se supone que es una boda...

Acerco mi cabeza titubeante y la apoyo en su pecho.

Advierto un pequeño respingo de sorpresa en su cuerpo, pero lo disimula acercándose un poco más, mientras acaricia mi espalda.

Le siento mover el cuello para decirme algo al oído.

—Gracias.

No sé si es por la voz o por la cercanía, pero me recorre un calambre de gusto por todo el cuerpo.

Levanto la cabeza y con los ojos le pregunto qué ha querido decir.

Vuelve a acercarse:

—Porque eres de mi especie... Estaba acojonado esta mañana. —Le sonrío animada—. ¿Te puedo decir otra cosa? —me pregunta y el rubor vuelve a sus mejillas. —Afirmo—. Te hubiera elegido a ti...

—¿Por qué? —Sonrío.

Él echa la cabeza para atrás.

—¿Tú te has visto?

—Sí, todos los días. ¿Qué tengo?

—¿Que qué tienes? Eres como un ángel, Amanda, y vestida así... Pufff.

La cámara se nos acerca. Presiento que son órdenes del director.

Me aúpo de cuclillas para decirle al oído.

—Quieren que nos besemos. ¿Qué hacemos? A mí me da igual...

Casi no termino la frase, Dylan me sujeta por la nuca y estampa su boca en la mía, con una cadena de besos cortos y suaves. Sus labios son muy carnosos. Es como estar entre algodones.

Me muerde el labio inferior y a mí se me olvidan las cámaras, el programa, la boda y toda la parafernalia. Me acabo de excitar como hacía tiempo, pero él se frena, posa sus manos en ambas mejillas y mirándome a los ojos me acaricia.

—Vámonos ya. Ha acabado la música.

Me doy cuenta de que sí, y el resto también porque de pronto suena un aplauso.

Dylan me toma de la mano y me lleva con fuerza hacia el hotel. ¿Dónde está el chico apocado de hace un rato? ¿He despertado a la bestia?

Un cámara va detrás de nosotros resollando por las prisas.

Los tres nos montamos en el ascensor. Dylan y yo de frente, apoyados cada uno en una pared y el cámara dando la espalda a la puerta grabándonos en silencio. De todo el día, ya ni le hago cuenta. Solo miro a Dylan que respira agitado y me atraviesa con sus intenciones.

Doy un paso e inclino mi cuerpo para comentarle al oído:

—Ni sueñes que me voy a acostar contigo.

Cuando me voy a separar y volver a apoyarme en mi pared, me lo impide y me dice muy bajito:

—Eso ya lo veremos —dice lanzándome una mirada retadora.

¿En serio? ¿Tiene un hermano gemelo?

Las puertas se abren y los dos nos llevamos una divertida sorpresa al encontrar el pasillo iluminado por un camino de velas y pétalos de rosa que marcan la habitación nupcial.

Nos han dicho antes que el cámara solo grabará los primeros minutos, en los que nos desvestiremos en el baño y nos pondremos la ropa de noche. A Dios le pido que no sea un picardías porque este *machoman* me salta a la yugular.

Accedemos.

Como me venía esperando, la habitación es enorme y se ve igual de cursi que el pasillo con pétalos de rosa hasta en la cama, velas en cada mesa, una cubitera con champán y varias botellas de vino. En las dos mesillas hay preservativos adornados con lazos rojos; tan rojos como me acabo de poner yo.

Esto parece un picadero oficial. Yo no sé qué se ha pensado esta gente...

Dylan no me suelta de la mano y mira todo como yo.

—Voy a cambiarme, ¿vale? —me indica.

Afirmo y le veo coger un pijama que había depositado en una descalzadora, donde también está el mío, que, por

lo que compruebo, es de raso.

El cámara graba la habitación mientras yo me intento recomponer. Estaba un poco perdida, pero creo que ya me he centrado.

¡Oh my God!

¡A tomar por saco la contención! Dylan acaba de salir sin camiseta, con un pantalón caído en el que vislumbro su oblicuo y me da la sensación de que mi cuerpo se ablanda y flota.

—¿Vas a dormir así? —le digo.

—Pues sí. ¿Pasa algo? —Se mira con aire preocupado.

—No, no... Nada.

Ahora soy yo la que huyo al baño agarrando mi camisón.

Entro en el enorme aseo y al ver la ducha ni lo dudo:

—¡Voy a ducharme! —grito.

—Si necesitas ayuda... —Le oigo.

—Sé encender un grifo, tranquilo.

—Lo digo por el vestido. Tenía muchos botones.

¡Anda, es verdad! ¡Serán capullos! Seguro que lo han hecho adrede para promover un momento sexi.

Abro la puerta y, sin mirar a la cámara, le ofrezco mi espalda a Dylan.

—Desabotóname, por favor.

Él se ríe, pero con cuidado me quita los botones, sin ir más allá.

Le doy las gracias y entro a mi pequeño oasis de calma: el baño.

Tras una ducha larga, en la que hasta me lavo el pelo para relajarme del todo, salgo vestida con el típico camisón blanco de raso, y como lencería un culote precioso de Victoria's Secret que es una pasada.

Ahora es Dylan el que pone cara afectada y sonrío cuando me tiende una copa de champán.

Brindamos frente al cámara y por fin se despide, y se va.

Nada más cerrarse la puerta, me escucho a mí misma relatar:

—¡Oh! ¡Menos mal! ¡Qué pesado! Estoy agotada.

Dylan, risueño como voy comprobando que es, dice:

—Por fin solos, y no quiero que te lo tomes a mal, pero es que el tema del cámara es un peñazo.

—Sí, sí... —le digo—. Te entiendo. Vamos tarde, pero te entiendo.

Dylan sonriendo se sienta en la cama, sin retirar el edredón, y cruza los brazos por delante del pecho mientras pega pequeños sorbos a la copa.

Está descalzo y sus pies son bonitos. Me fijo siempre en los pies de la gente. Lo hago por envidia, porque los míos han quedado para tirar.

—¿Sabes lo que tenemos que hacer ahora? —me pregunta pícaro.

¡Oh, oh...! Creo que ha vuelto el rompebragas del ascensor.

—Ni lo sueñes...

Dylan me interrumpe con una carcajada y dice:

—Me refiero a emborracharnos. Tenemos que emborracharnos si queremos que nuestra primera noche sea menos incómoda.

—Yo lo tengo fácil, Dylan. No suelo beber.

—Ni yo... Ves, nos parecemos.

—No te habrás creído eso de la compatibilidad, ¿no?

Dylan niega con la cabeza y dando unos golpecitos en la cama, me pide que me siente a su lado.

No tengo nada que perder.

Me tiende una copa llena.

La acepto y, cuando voy a dar un trago, me lo impide y dice:

—Primero pregunta: ¿qué es lo más raro que has hecho hoy?

—Casarme contigo —respondo rápido y los dos nos sonreímos—. ¿Y tú?

—Uhhh... —Se muerde el labio y mira hacia arriba para pensar—. Pues, aparte de casarme, conocer, por fin, a la chica de la parada del bus.

—¿En serio?

—Te lo prometo. Me he fijado en ti todos los días.

—¡Te lo estás inventando! Nunca me mirabas.

—¡Qué te crees tú eso! Vas los lunes, martes y jueves, y sueles salir sobre las ocho. Siempre escuchas música y

das toquecitos con tu mano en tu mochila.

Le pongo morritos.

—¿Será casualidad? —le pregunto.

—Quiero pensar que sí... ¿Por qué te has apuntado a esto? Y quiero la verdad.

Dudo de si ser sincera, pero creo que se merece saber a quién tiene delante para que no haya equívocos.

—Porque me lo ha recomendado mi agente. Quiero actuar y esto me va a dar a conocer. Además, la productora ha prometido que, si hago un buen papel, me tendrán en cuenta.

Dylan me escucha sereno y no entreevo ni un ápice de consternación.

—Por tu sinceridad. —Brinda y los dos bebemos un trago largo.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Por pasta... Necesitaba el dinero. Un amigo de un amigo me lo ofreció y, aunque al principio dije que ni de coña, luego me animé. Ahora pienso que he hecho bien, porque ha sido genial casarme contigo.

—¿Tú crees que es verdad? ¿Estamos casados? —le cuestiono.

—Yo creo que sí.

—¿No nos dirán luego que todo era un montaje?

—No creo, Amanda. Tengo un primo abogado que echó un vistazo al contrato y me dijo que nos casábamos de verdad.

—¡Pues échame más vino, camarero! —Levanto la copa.

Dylan se ríe y se incorpora para abrir otra botella.

—¿A qué hora tenemos que estar mañana presentables? ¿Sabes algo? —le pregunto.

—No creo que pronto. Es nuestra noche de bodas.

—¡Uff..., deja de decir eso!

—¿Por qué? —Sonríe mientras llena nuestras copas.

—Porque me agobia.

—Pero es que es la verdad. Estamos casados, Amanda. Soy tu marido y tú eres mi mujer.

—¡No vuelvas a decir eso! —Le golpeo en un hombro.

Lo cierto es que el alcohol ya está surtiendo su efecto en mí. Me siento un poco desinhibida.

—¿Lo de que eres mi mujercita? —Me guiña un ojo y se arrastra en la cama para acercarse.

—¡Vete a la mierda! ¿Quieres que te sea sincera?

—Sí, claro —Sonríe.

—Pienso divorciarme dentro de un mes, cuando acabe el programa.

Dylan finge consternación y responde:

—Y yo firmaré apenado los papeles, porque yo pensaba hacer lo mismo hasta que te he visto llegar y casi me estalla la cabeza de lo bonita que estabas. No he visto una novia más preciosa en mi vida, y ya, un poco borracho, te informo de que estoy seguro de que, aunque me vuelva a casar diez veces más, sé que nunca lo haré con una mujer tan bonita como tú.

—Gracias, Dylan. Te informo que, aunque me adules toda la noche, no vas a lograr tu objetivo, pero, para no sonar tan fría y ser un poco cortés, te digo que tú también me pareces muy guapo. ¿Bebemos?

—¿Para enfriar este momento tan romántico? Vale...

Me río. Es muy gracioso porque, cuando se suelta, gesticula mucho, contrastando con una voz ronca y sincera. Creo que Dylan es buena persona y me cae bien. Se lo digo:

—Me caes bien, Dylan.

—Y tú a mí, Amanda... Vamos a intentar llevarnos guay este mes, antes del divorcio ¿vale?

Brindo con mi copa por ello. Estoy borracha y me está entrando sueño.

—¿Y si nos dormimos? —le pregunto.

—Yo no tengo sueño, pero tú descansa si quieres.

—Estoy agotada... y el vino y el champán...

—Tranquila.

Dylan se incorpora, retira el edredón de su lado, se levanta hacia mí y me coge en brazos rodeando la cama para depositarme sobre las sábanas.

Creo que se me escapa un gemidito de la impresión.

—*Mademoiselle* —hace una reverencia—, tiene el pelo mojado. No debería dormir así...

—Da igual —le digo cerrando los ojos del mareo.

—¿Te encuentras bien, Amanda?

—Uhhh..., ¡qué bien hueles! —le digo encaramándome a su cuello, oliéndole como si fuese un cruasán recién hecho.

—Mejor sabré...

Los brazos se me descuelgan porque estoy mareadísima.

—Amanda, ¿estás bien?

—Sí, sí... Solo es sueño... —respondo con la lengua acartonada.

—Descansa, preciosa. —Siento sus labios en mi frente y me dejo caer en los brazos de Morfeo —aunque en el último segundo pienso que los de Dylan no estaban mal—.

Capítulo 6: Canastas

Llegamos a un garito en Brooklyn con un ambiente ensordecedor. Son casi todos hombres, adictos a la cerveza y a los cacahuets. Hay música rock a prueba de insonorización y olor a humanidad —de la de que vivía en la Edad Media en castillos sin agua corriente ni perfumes—.

Menos mal que Dylan me ha dado dos analgésicos y ya no me duele la cabeza porque me hubiera estallado con el nivel de ruido y energía que desprende este lugar. Es estroboscópico para una migrañosa como yo.

Acabo de conocer al grupo de Dylan y Bob. Son cuatro hombres más, y, después de las presentaciones y de ver como todos ellos me miraban alucinados con la boca abierta por ser quién soy, me siento. y Dylan lo hace a mi lado.

Es un pequeño reservado, con sillones de piel oscura, que igual algún día fueron blancos, pero creo que no. Quiero pensar que no.

—Se les pasará. Son majos —me dice Dylan al oído—. Es que nunca han tenido tan cerca a una actriz famosa.

—Eso espero, pero no pasa nada. Con que me dejes lanzar unas canastas, me conformo.

Dylan gira el cuello como la niña del exorcista y espeta:

—¿Estás de coña? Estamos en la final.

—¿Y qué? —Levanto las palmas de las manos como si de un poli se tratase.

—Pues que me imagino cómo juegas y no metes una canasta al arcoíris. Tú eras de bailes.

Me río porque lo dice tan serio que me hace gracia.

—Me lo debes, si no quieres que denuncie a tu amigo por atropellarme con el patinete y a ti por venir de extranjis con la ambulancia para salvarle el culo.

—No serás capaz —me reta y vuelvo a apreciar esos destellos de rencor en su mirada que vislumbé al principio de la noche.

Como no quiero tensar la cuerda, que viene estando ya estirada de más, le sonrío y le aclaro:

—No, por supuesto que no, pero me lo debes...

—¡Joder, Amanda! ¿Y cuántas cosas me debes tú a mí? —se enfada. Ahora recuerdo que era muy competitivo.

Llevo mis manos a su cara para relajarle.

—Shh... Vale, vale... Era broma... Da igual, Dylan. No pasa nada.

Estando tan cerca es imposible no mirarle. Sus pupilas se dilatan como siempre lo hacía cuando se cruzaban con las mías.

Había mucha química entre nosotros y la había enterrado. Totalmente olvidada por lo rápido que sucedió todo al salir del programa.

Dylan es, con mucha probabilidad, el mejor tío con el que me he cruzado en todo este tiempo y me porté como un ser vil y despreciable. Si pudiera volver atrás... a aquella playa, a nuestros ratos de risas, jóvenes e ingenuos. A cuando discutíamos como niños por cada juego y cualquier tontada nos servía para apostarnos algo.

Mirándole ahora a los ojos no entiendo cómo no me he vuelto a acordar de él en los últimos años. En todo un contexto de ficción, él fue pura verdad y lo ignoré.

—Perdona... —se disculpa.

—No, perdona tú... por todo.

Dylan sonrío.

—Igual llegas un poco tarde.

—¿Unos ocho años?

Asiente.

—Te perdono si me aseguras que valió la pena.

Le digo que sí con la cabeza porque sé que, si hablara, notaría que miento.

—Ahora eres una superactriz reconocida. Debes de ser muy feliz. —Vuelvo a gesticular—. Eso es lo que querías, ¿no? —Hace una pausa—. ¿O es lo que quería Michael?

No le respondo. Ya no lo sé.

—No estoy mal, Dylan. No soy la más feliz del mundo, pero no me puedo quejar. Y Michael sigue siendo mi agente.

—Pues ya sé entonces por qué no eres más feliz. Ese hombre te está robando tu vida.

—No, Dylan, de verdad. Ambos hemos cambiado. Él es un amigo, y se preocupa por mí.

—Él es tu representante y se preocupa por su bolsillo.

—Ahora vive en Los Ángeles. Está forradísimo. De verdad, de aquello la única culpable fui yo. Fui una egoísta. Me asusté...

—¿Te puedo preguntar qué te asustó? ¿Hice algo yo? A veces pienso que te agobí.

—No sé, Dylan. Tú... tú eras demasiado perfecto y yo estaba muy perdida. Solo me centraba al pensar en mi carrera. El programa me vino muy grande.

—Y a todos...

—Yo tenía mis planes. Siempre he sido muy cuadriculada, ya lo sabes.

Bob nos interrumpe para traernos dos cervezas sin alcohol.

Le doy las gracias y vuelvo a mirar a Dylan. Pega un largo trago y me hace evocar lo que me gustaba verle comer y beber. Era muy sexi y lo mantiene. Es que es de esas personas que prestan toda su atención a lo que tienen entre manos. No lo hacen de cualquier manera. Dylan roza lo quisquilloso, pero sus movimientos son tan concretos que me fascinan.

Me pilla babeando y sonrío.

—Ahora parece que no ha pasado el tiempo —emite antes de dar otro trago.

—Antes no me has contestado si tienes pareja —le digo al oído. Han subido la música, y parece que el torneo va a empezar.

—Oficial, no —responde sin mirarme atendiendo a un pequeño escenario en el que ha subido un hombre con un micro.

—Uys..., ¡qué ambiguo! ¿Eso qué significa?

—Pues que no y que me quería hacer el interesante.

Me río y él me remueve el pelo como si fuera una niña.

Es curioso cómo me vuelvo a sentir como aquella veinteañera de antes. Cuando dicen que el tiempo no existe van a tener razón. Han pasado ocho años y de pronto me siento que estoy igual.

La pareja de al lado, que está un poco bebida, me pide hacerme una foto y me empujan hacia ellos sin ningún tipo de reparo.

Dylan que se da cuenta y me separa usando su cuerpo.

—Gracias —le digo al oído.

Empieza el torneo y me divierto muchísimo con los comentarios de los amigos de Dylan.

En el tercer turno les llaman y me quedo sola en nuestro pequeño reservado animándolos.

De pronto, me acuerdo del horóscopo y la galletita, de que la predicción era que iba a tener tres propuestas y una sería el hombre de mi vida... No puede ser. Se me revuelve el estómago.

Busco en mi móvil la aplicación y la vuelvo a leer como si aquello fuesen mis notas de selectividad:

«Hoy tendrás tres propuestas y si estás atenta, puede que te cruces con el amor de tu vida».

¡Ahhhh! Respiro hondo. No era condición inherente que el amor de mi vida fuese un pretendiente.

¿De verdad me estoy planteando esto? Será por el golpe en la cabeza, ¿no? Me obligo a centrarme en el concurso y dejarme de inspiraciones astrológicas.

Ganan sin problemas y es cierto que el mejor, de lejos, es mi ex. Por lo menos hasta donde puedo ver, porque varias personas se me han acercado para sacarme fotos con ellos.

Ya ha corrido la voz. Quedan pocos sin saber que Chloe, la de la serie *Intimate* de Netflix, está aquí.

El grupo vuelve a la mesa y entre bromas y brindis se beben varias cervezas, y cada vez dicen más tonterías. Yo me parto de risa. Ya me han normalizado y me tratan como a una persona estándar. Eso es gracias al alcohol. Lo tengo comprobado. Por cada trago, yo pierdo capas de glamur y me banalizo.

El presentador les vuelve a llamar.

Por puntos, han pasado a la semifinal.

Esta vez solo son tres minutos, antes fueron cinco.

Cada participante del equipo tira diez canastas, meta las que meta, y pasa al último de la fila hasta que acaban los tres minutos.

Dylan vuelve a meter todas en los dos turnos a los que le da tiempo y se hacen con un puesto para la final.

La gente está más bebida y no me dejan ni respirar de fotos y tonterías que me preguntan, pero, aun así, me lo estoy pasando bien. Sobre todo, cuando el grupo regresa al reservado.

Dylan me cuenta que sigue jugando al baloncesto, que ahora entrena a niños en su antiguo colegio y que estudió enfermería con el dinero que sacó del programa.

Hablamos lo que nos dejan, porque las interrupciones siguen llegando móvil en mano y yo me tengo que contener para no gritar que me dejen respirar.

Cuando les requieren para la final, Dylan se levanta y tira de mí.

—Te vienes conmigo.

—No, Dylan. De verdad... No pasa nada. Os espero aquí.

—Te vienes conmigo —me repite mirándome a los ojos algo molesto—. Me quedo más tranquilo, Amanda.

—Vale.

Pero cuando llegamos el presentador, nos dice que si no juego no puedo estar ahí.

Doy unos pasos para atrás.

—Pues entonces juega —le oigo pronunciar y su equipo le mira como si estuviera loco.

Levanto las manos y corro a decir:

—¡Qué no! ¡Qué no! ¡No pasa nada! Estoy acostumbrada, de verdad.

Dylan me ignora y les dice a los de su equipo.

—Chicos, no podemos dejar a Amanda sola. Están todos borrachos.

—¡Pues claro que no! —grita Bob—. Amanda es nuestra chica.

—¡Pero que vais a perder por mi culpa! —les chillo.

—Lo mismo nos da —dice uno de los amigos.

Dylan sonrío orgulloso y levanta una mano al centro del corro.

Todos le imitan y gritan:

—¡Uno para todos y todos para uno!

Me troncho de la risa, aunque no puedo evitar pensar que igual pierden por mi culpa.

Dylan se me acerca:

—Tú tranquila. El año que viene ganaremos —bromea.

Comienza.

Me han dejado la última de la fila para que no me dé tiempo a tener dos turnos.

Aunque lo están haciendo bien, hasta Dylan falla algunas, se les ha encogido el brazo en la final.

Me toca.

Nunca he jugado a esto, pero sí al baloncesto. Llevo siete años entrenando.

Cojo el balón, respiro, miro a la canasta y... encesto. Y encesto, encesto, encesto... Así hasta diez.

El público se vuelve loco. El grupo se vuelve loco.

Miro a Dylan, que le toca de nuevo, y no le da tiempo a decirme nada, pero una sonrisa infantil le delata. Se acaba de quedar para hacer estatuas.

¡Ganamos!

¡Me río como hacía años!

Bob me coge en hombros y el garito entero nos aplaude.

Suena *We are the champions*, como es normal.

Dylan llega hasta mí y me baja. Quedo atrapada entre sus brazos y sus pupilas dilatadas.

—Eres, eres... —resopla—, una mentirosa.

—No —le digo—. Ya no. Ahora solo soy actriz y entreno al baloncesto muchas tardes.

Dylan nos arrastra unos pasos hacia un pasillo que está más vacío y me apoya en la pared.

—Se me sale el corazón —dice y me pone la mano sobre su cuello para que sienta los latidos.

Yo le cojo la suya y lo llevo al mío. Quizás hasta el mío lata más acelerado.

—¿Por qué cojones me pasa esto contigo, tía? Solo pierdo la cabeza así...

—Dylan... —le imploro. ¡Por dios! Nunca había tenido tantas ganas de que alguien me besara.

—Dylan, Dylan... —Escucho y no es mi voz. Me giro y veo a una chica embarazadísima, llamándole—. ¿Qué haces?

Mi ex da un respingo y se separa de mí.

—¿Y tú qué haces aquí, Rachel? ¿Estás loca?

—Quería ver cómo ganabais la final —le responde y yo no sé muy bien cómo tomar esto.

Toso.

Dylan me mira estresado y dice:

—Amanda, esta es Rachel.

—¡Hola! —le digo—. Encantada. Estás a punto de ser mamá, ¿no? —le pregunto aludiendo a su embarazo.

—Sí. —Me sonrío dulce—. Nos quedan unos días para ser papás, ¿verdad, Dylan?

Le miro estupefacta.

—¿Vas a ser padre?

Como un niño viendo bajar a Papá Noel por la chimenea, me mira aquí mi primo, el de que se me sale el corazón.
No hace falta que responda.

Me separo de él.

—Mucha suerte, pareja. Tengo que irme.

Y salgo como una exhalación del bar.

Capítulo 7: ¡Pillada!

No recuerdo haber llorado tanto en años, y no me preguntes por qué.

Es una mezcla de rabia, pena y engaño, interlineado con incredulidad por habérmelo tomado tan mal.

Creo que estaba en deuda, que hace ocho años no sufrí lo suficiente y ahora lo he devuelto con creces, como en los duelos patológicos. Creo que las penas si no las lloras a tiempo las debes y más tarde o más temprano se buscan el hueco para tomarse la revancha. Nadie sale indemne.

Sé que no tiene sentido, que tengo una vida maravillosa, un apartamento de mi propiedad en Manhattan, muchas ofertas de trabajo, conozco a gente superinteresante a diario y, sin embargo, una noche en un garito de mala muerte en Brooklyn me ha hecho replantearme todo.

Porque me dejé llevar. Fue muy real. Todo. Desde el principio, hasta esa incomodidad que a veces nos silenciaba.

Eso me sucedía con Dylan, que es como cuando usan en los restaurantes potenciadores de sabor para que los platos destaquen. Pues, con él, mis sentimientos se engrandecen, me revuelven, para bien o para mal, porque me amplía, como si de una caja de resonancia se tratase y dilatara los sonidos y, por ende, las emociones.

A la contra, pierdo seguridad, porque me hace ser más volátil y, en la distancia, asusta.

En las relaciones soy fiel seguidora de la ecuación cómoda, la de que en una historia de dos siempre gana el que quiere menos.

Tampoco me ha surgido.

Por supuesto que me he enganchado a alguna relación, pero ahora que lo pienso, con ninguno he sentido tal nivel de conexión y complicidad.

Ahora él va a ser padre.

No me lo quiso decir, lo que me da mucha pena, porque me hace ver que nuestra historia se quedó abierta, que podría haber sido, pero no será. Si yo le hubiera dado igual, me lo habría contado, pero se lo calló.

Me puso la mano en el cuello, latía acelerado, como yo, pero llegamos tarde.

Lloro también porque hasta mi sobrina pequeña se dio cuenta de que estaba muy sola y le pidió a Papá Noel por mí, y yo lo negaba.

Me siento fatal... No debería haberme ido del bar así. Dylan ha rehecho su vida y va a ser muy feliz, porque es una de las mejores personas que conozco.

Miro el reloj. Son las diez de la mañana. Hoy no tengo teatro. Solo me queda una función mañana y termino, así que ni me muevo de la cama. He dormido fatal estos días y necesito recuperar, aunque sea a ratitos.

Suena el timbre de la puerta.

No me lo puedo creer.

Lo ignoro.

Insisten de nuevo.

—¡Abre! ¡Sé que estás ahí, traidora!

Es Peter.

Me levanto como zombi y abro la puerta.

—¡Madre mía! ¡Pero que no estamos en Halloween, chica! —bromea— ¡Vaya pintas!

—No estoy de humor, Pet. En serio, ¿qué quieres?

—Hombre, pues venía a echarte la bronca por traidora y no salir a correr ningún día, pero acabo de ver unas fotos tuyas en el móvil que son muy sugerentes, amiga...

Eso último llama mi atención poderosamente y me despierta de mi desolada realidad.

—¿Qué fotos? Si no he salido, ni he ido a ningún evento.

—¡Mentirosa! Has salido y te has besado con un machote.

Me relajo, porque debe de tratarse de un error.

—Pet, en serio, no he salido. No tengo el cuerpo para fiestas.

—¿Y por qué? ¿Qué te pasa? —pregunta y así, sin que le inviten, entra en mi casa, en mi intimidad.

Sube las persianas del salón, abre las ventanas y se pone a recoger el desorden, que, aunque no es mucho, la verdad es que no me viene mal este ejemplo de caridad para con tus vecinos deprimidos.

Me siento en el sillón y le contemplo.

—Si me llenas la nevera te hago un guiño en mi próxima función.
Peter se ríe.
Suena mi móvil y mi nueva y barata asistente me lo acerca.
—Es Michael. Lo coges, pero luego a la ducha. Estás que parece del Bronx—me regaña.
Descuelgo y no me da tiempo a decir nada:
—¿Se puede saber en qué pelotas estabas pensando?
—¿Michael? ¿De qué hablas? —intento subir el tono para que me oiga.
—¡Por favor, Amanda! ¿Cómo se te ocurre remover el pasado de esa forma?
—Michael sigo sin saber de qué estás...
Una lucecita se me enciende. ¿Será posible?
—¡Peter, enséñame las fotos que me has dicho antes! —le pido con ansias y abriendo las compuertas a un terror incipiente.
—Voy, mira. —Peter saca su móvil del bolsillo y me muestra la pantalla.
Me llevo las manos a la cabeza. Somos Dylan y yo a punto de besarnos, con la mano en sendos cuellos, justo antes de que llegara su mujer embarazada. ¿Cómo ha podido pasar? ¡Cómo he sido tan estúpida! Parezco una principiante.
Vuelvo a mi móvil y, cuando Michael deja de soltar improperios, respondo:
—Michael, sufrí un accidente. Dylan me atendió porque ahora es enfermero. Me fui con ellos a un bar porque querían tenerme vigilada por el golpe en la cabeza y esa foto no es lo que parece. Dylan está casado y va a tener un bebé.
—Dylan no está casado —me dice muy seguro.
—¿Y tú por qué lo sabes?
—Porque lo he buscado en los registros de todo Nueva York, ¡no te jode! Pues porque le he llamado y se lo he preguntado.
—¿Has llamado a Dylan? —le pregunto preocupada. Su relación siempre se cortó con cuchillo. Me temo lo peor.
—Mujer, ¡qué esperabas! Es mi trabajo: adelantarme a todas las tragedias.
—No lo llores tragedia. Solo nos vimos, hablamos y ya. Y me lo pasé muy bien.
—Sí, claro. Se te ve superfeliz. Solo te faltan unas mechas para ser la Barbie corazones.
—Estoy bien, Michael. Estoy un poco constipada. Solo es eso.
—¡No me mientas! Estoy lejos, pero te conozco más que a mi caprichosa mujer. Estás despechada.
—¿Despechada? —aparece Pet en mi pantalla—. ¿Quién ha osado dejar a la mujer más fantástica de Nueva York?
—Pues su ex, Pet. Su ex. Para ser más concretos: su exmarido.
—¡¿Cómo?! ¿Has estado casada?
—Ya te lo he contado, Pet. Lo del programa —respondo con pereza.
—¡Ahhh...! —resuella mi vecino—. ¿Y le viste la otra noche?
—Sí, me atropelló un amigo suyo con un patinete. Ya os lo he contado —digo mientras me siento en el sillón—. Entonces, él vino, me atendió, y al ver que me había dado un golpe en la cabeza, me dijo que no podía estar sola y...
—Bla, bla, bla, bla, bla, bla... —me interrumpe mi agente—. ¿Qué pasó en el bar?
—Nada. Ganamos un torneo de baloncesto. Fue genial... Conocí a su mujer y me vine a casa.
—¡Qué no está casado, pesada! —reitera Michael.
—¡Pues su novia! ¡Yo qué sé! Con la que va a tener un hijo —al decir esto, no puedo evitar disimular mi consternación. Mi voz tiembla como en las primeras audiciones.
—¿Va a tener un hijo? —cuestiona Pet y se sienta a mi lado para abrazarme—. ¡Hija, qué puntería! ¡Vais a petar las revistas! Parece una novela turca.
—¡Vete a la mierda! —le digo en español.
Pet se ríe ignorándome y le pregunta a mi agente:
—¿Y qué te ha dicho el futuro papá?
—¡Pues qué me va a decir!
Peter y yo nos miramos algo cómplices e intrigados porque no sabemos la aparente verdad universal.
—¿El qué? —le pregunta mi vecino.
—¡Pues que quiere hablar con ella! ¡Joder!
—¡Ahhhh! —decimos los dos al unísono.
—¡Joder, Amanda! ¡Que esto es Nueva York!

—O estoy muy espesa o no te pillo hoy, Michael —me sincero—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Pues qué estás en la puta ciudad más cosmopolita del planeta! En la ciudad donde nadie es quien dice ser. Donde el disfraz del éxito se pone desde por la mañana; donde los tríos, cuartetos, hijos de hombre y de cabras, vampiros, putos hombres lobos... ¡Qué sé yo! Todo tiene cabida en esa acelerada isla. ¡Y vas tú y te crees que tiene pareja por qué va a tener un hijo!

—Perdona que te corte —le interrumpe mi vecino—, pero es que es lo más normal —dice y me mira—. Tampoco era muy loco, ¿no? Yo habría pensado en lo mismo, ¡vaya!

—Le tenías que haber dejado explicarse —me dice Michael.

—Ya sé cómo se hacen los niños, Michael. No hace falta que me lo expliquen.

—¿Y qué tiene que contarle? —le cuestiona Pet— ¿Lo del XY o XX o si va a elegir un colegio Montessori?

—La marca de los pañales, ¡no te jode! —resuella—. No sé qué quiere explicarle, pero algo importante porque me ha insistido mucho. Me ha dado hasta pena.

—Uys... No te creo —le dice Peter—. Tú lo que quieres es que se vuelvan a ver para que no parezca que han dejado a tu chica, que ya nos vamos conociendo.

—¿Por qué no te callas? ¿No tienes casa? —le grita mi representante.

—Michael, relaja... ¿No le habrás dado mi teléfono? —le pregunto yo ahora.

—¿Por quién me tomas? No, pero te acabo de enviar el suyo para que le llames.

—¿Y por qué tengo que hacerlo?

—¡Ah, yo no sé! Lo dejo en tus manos. Pero haz lo que quieras que no te vean. No podemos volver al *reality*. Has trabajado mucho para ser quién eres. ¿Me explico, cariño?

—Claro, Michael.

—No me quiero meter en tu vida, de escenarios para fuera, tu vida es tuya, pero te quiero y lo sabes.

—Lo sé, Michael, y yo a ti.

—Algo me dice, mi niña, que le tienes que llamar... Aunque no tenga sentido, aunque creo que profesionalmente no te favorece, pero te veo tan contenta en esas fotos, con un brillo que pocas veces irradian, que no lo puedo dejar pasar. Y nunca, ¿me oyes? Nunca me vas a pillar con las defensas tan bajas. Es la puta Navidad esta que me tiene agilipollado.

Nos despedimos.

Peter se queda un rato conmigo, intentando animarme, hasta que me llama mi hermana y se marcha.

Entonces, todo se complica mucho más.

Mi sobrina Candela ha visto mis fotos y está superfeliz porque Papá Noel me ha conseguido el novio que le pidió, y se lo ha contado a todas sus amiguitas. Y, aunque mi hermana le reconoció como mi ex, me ha obligado a que cuando me visiten, Dylan venga, porque a mi sobrina le queda como máximo un invierno para dejar de creer en la magia de la Navidad y, a pesar de que mis respuestas eran todas de este tipo:

«Alicia, hermana, de verdad, no me hagas esto. No puedo volver a verle».

Ella me respondía de esta otra:

«Dos pepinos me importa. Búscate la vida».

¿Y ahora qué hago?

¿Cómo voy a convencer a un hombre que está a punto de ser padre de que se haga pasar por mi novio delante de mi familia? Un hombre que me odia desde hace ocho años.

Capítulo 8:

Ocho años antes

Nunca imaginé que se podía trabajar tanto en un programa de este tipo. Estamos agotados.

Cuando llegamos a la habitación, caigo rendida en la cama y ni hago cuentas a la cena, a la tele o al pobre de Dylan.

Nos hacen repetir tomas, esperar y esperar a que todas las luces estén preparadas, los cámaras, el sonido y, cuando crees que Dylan y yo podemos empezar a interactuar como los recién casados que somos, el director grita «¡corten!» porque se ha escuchado el piar de un pájaro y vuelta a empezar.

No puedo explicar lo ridículo que ha sido hoy estar en la playa.

Nos miraba todo el mundo.

Dylan me habrá echado crema como siete veces y yo a él otras tantas. Y el brindis... Hemos brindado con un mojito hasta que se nos han derretido los hielos —anótese lo difícil que es eso— y nos han tenido que traer otro.

Los curiosos al principio nos miraban, pero se cansaban al tercer «corten».

Ya ni intentamos hablar cuando hay cámaras porque nos interrumpen de continuo.

A veces tenemos comida libre, pero como se viene Michael con nosotros para contarnos las sensaciones del director y las ofertas que me está moviendo, puedo informar que mi matrimonio está abocado al fracaso.

Y no me cae mal. Todo lo contrario. Me parece el más normal de todos. Hasta diría que en estos cinco días hemos ganado en complicidad. Nos hacen reír las mismas cosas y solemos apostar por cualquier tontería para hacerlo más llevadero.

«¿Cuántas veces te voy a echar crema? Si son más de diez, gano yo».

«Si la próxima vez el director grita algún impropio, te doblo la apuesta».

«Si esta toma vale, a la primera te apuesto mi coche».

Vale, vale... y es muy, pero que muy guapo. Mi tipo. Es alto, corpulento, castaño y con esos ojos azules tan claros que las dilataciones y contracciones de su pupila se delatan constantemente.

Ahora estamos en una cena con otra pareja de recién casados del programa. Nora y Jason. Son algo más mayores que nosotros, sobre los treinta. Son los dos americanos, pero uno de Washington y la otra de la América profunda. Ambos tienen sobrepeso y visten a su estilo propio... Él con camiseta de Marvel y ella con rollo Sissi Emperatriz, hasta con lazos y tirabuzones en el pelo.

Nada más verlos me ha dado un pequeño ataque de risa y, si no es porque Dylan ha estado muy fino y ha simulado que me hacía cosquillas, se hubieran ofendido.

Durante la cena, Jason no ha parado de contarnos lo feliz que está con Nora y que está seguro de que el método acierta porque les va muy bien y están disfrutando mucho.

Nos ha enunciado todas las colecciones que hace a todo lujo de detalles, que no se cuentan con los dedos de las manos, y lo sorprendente es que ella le miraba admirada, como si se supiera la lista de los presidentes americanos o fuese capaz de deletrear Tallahassee al revés; cuando a mí me parecía un pelmazo y un grosero, todo hay que decirlo, porque a esa verborrea patológica hay que añadirle un apetito de lobo feroz y modales de cromañón.

He podido visualizar toda la comida que se le iba quedando en las muelas y se sacaba con los dedos. Hasta una de las veces, que el cámara se ha despistado, nos han chivado que están teniendo mucho sexo.

Yo no me lo creo, pero tampoco me va la vida en ello. Si quieren vender esa felicidad, adelante. No me suelo inmiscuir en la vida de los demás y menos en la de dos desconocidos con los que no tengo nada en común.

Por fin nos dicen que podemos marcharnos y yo me despido sin más preámbulos.

Dylan me mira raro. Yo diría que incluso molesto, pero se levanta también.

Caminamos en silencio por los jardines del hotel hasta nuestra *suite* nupcial.

En la entrada nos encontramos con Michael.

—El que faltaba... —resuella Dylan.

Opto por ignorarle, ya que estamos todos muy cansados, y le pregunto a Michael si necesita algo.

—¿Puedes dejarme a solas con mi representada? —le pregunta a Dylan a lo que él le mira con desdén y cierra la puerta de un portazo.

—¿Qué bicho le ha picado a este? —me dice.

—¡Ni idea! ¿Qué quieres, Michael? Necesito dormir.

—Quiero contarte que lo estás haciendo muy bien y que los productores están muy contentos con tu trabajo. Dicen que la cámara te adora. Así que sigue así, aunque un poco más cariñosa... Se supone que es tu marido.

—¡Venga ya!

Entro en mi habitación.

Dylan está tirado en la cama, vestido solo con los pantalones y zapeando en la tele. No me mira. Se me hace raro, porque suele ser muy cordial, y en su cara lo único que veo es malestar.

—¿Te pasa algo? —le pregunto recostándome en mi lado del colchón. Estoy tan cansada que puede que no me ponga pijama.

Dylan no me contesta.

—¡Hola! ¿Me respondes?

—No me apetece discutir, Amanda.

—A mí tampoco, pero me gustaría saber qué te pasa y si es algo que he hecho yo.—Es más bien qué no has hecho.

Un pensamiento me viene a la mente. ¿No estará así porque los otros nos han desvelado que están teniendo mucho sexo y nosotros no? Porque le mando a la mierda en patinete.

—Espero que no te refieras a lo que estoy pensando...

—¿A qué?

—Pues... —Le indico la cama con los ojos.

—¡Anda ya! ¿Cómo me voy a referir al sexo?

—¡Pues tú me dirás! —le digo y me cruzo de brazos.

Dylan se inclina de lado y me contempla.

—No has participado nada en la cena. Vale que eran muy raros, pero no me he sentido cómodo, Amanda.

No me esperaba para nada esta opción.

—Dylan, yo soy así cuando no tengo nada que decir y mi sensación es que tampoco les importaba nuestra opinión. No nos daban tregua.

—Me he sentido muy incómodo, Amanda. Solo. Tú estabas a lo tuyo.

—¿A lo mío? ¿Y qué se supone que es lo mío?

—Pues Michael y sus propuestas.

—Recuerdas que te dije que vine a aquí para ser actriz, ¿verdad? Creo acordarme de que no te sentó mal en su momento.

—Y no lo hizo, pero que no hables ni una palabra en una cena, me incomoda.

—Dylan, es que estoy agotada, y tengo varias taras. Una es que cuando la gente es muy rara, no me nace relacionarme. Yo no les apporto nada y ellos a mí tampoco. Y no lo veas como algo elitista. Es más bien timidez.

Advierto que Dylan se relaja y ya no me mira enfadado.

—Eran raritos, sí... —admite risueño.

—Dylan —le digo y me apoyo en su hombro—, por favor, no discutamos. Eres lo único normal que hay aquí.

—¿Entro dentro de tus cánones? —Afirmo poniéndole morritos—. Perdona... Me he puesto un poco bruto. Yo también estoy muerto.

—Bueno, pensemos en todo lo que nos van a pagar. —Le toco la nariz.

—No hago otra cosa —bromea mirando hacia arriba.

Después de ducharnos, nos metemos en la cama y hago un esfuerzo por no dormirme y conversar con él.

Me pregunta por mi familia en España y por el *ballet*, hasta que dejo de hablar con sentido y me quedo profundamente dormida apoyada en su regazo.

Capítulo 9:

Si la montaña no va a Mahoma

Se cierra el telón y se crea uno de esos momentos bonitos que me llevaré siempre.
Todo el equipo, hasta maquillaje y músicos, suben y nos abrazamos en un gran círculo.
Han sido unos meses muy intensos, muchos ensayos, compartir nervios, anécdotas, risas, broncas del director y, con todo, sé que los voy a echar de menos.
Es la primera experiencia tan larga de teatro en mi vida.
Desde que salí del *reality*, he actuado frente a cámara en series y películas.
Me apetecía sentir el escenario, lo que es crear un personaje y actuarlo con sentido cronológico; lo que lo hace mucho más real y a la vez más complicado por el miedo a equivocarte. Sin embargo, es más sencillo meterse en el papel.
En el cine, más de la mitad de tu jornada te la pasas esperando o repitiendo las escenas. Tienes más posibilidades de hacer una buena toma, pero menos de disfrutarlas.
Me apasiona ser actriz.
Creo que no lo había dicho.
Este trabajo te hace vivir un montón de vidas y eso, inevitablemente, es enriquecedor. Conoces diferentes culturas, viajas por la historia y transitas por las emociones de tu personaje que puede que no tenga nada que ver contigo.
Ser actriz es un reto constante.
A mí lo que más me gusta es prepararme el papel, conocer a mi nuevo yo. Observar, ensayar y empatizar con tu protagonista me parece adictivo, porque juegas, y jugar es importantísimo.
El director nos despide con unas palabras bonitas y, cuando ya el grupo se empieza a dispersar y bajo del escenario para irme a mi camerino, se acerca a mí y me dice que le ha encantado trabajar conmigo, que le he sorprendido mucho y que cuenta conmigo para nuevas producciones.
Ahora sí me marchó muy emocionada y reconozco que, mientras me cambio en el camerino y me despido de las chicas, tengo que ocultarme porque se me caen algunas lágrimas.
Menos mal que el frío de la calle me pega una torta de realidad que se me quitan todas las ñoñerías.
Hace un frío que pela.
Estamos ya casi en Navidad y puede que se cumpla el sueño de muchos niños, y esta noche nieve. Desde luego, las temperaturas se prestan a ello. Pasado mañana viene mi hermana, y estoy convencida de que a Candela le encantaría que nevara.
Menos mal que hoy no hay nadie esperando.
Nos hemos entretenido mucho y los fans han desistido.
Me alegro. No está la noche para explayarse.
Mientras busco el gorro, guantes y las gafas en mi bolso, escucho que alguien me llama y mis ilusiones de salir pitando se esfuman.
Me giro y, al ver quien me ha llamado, me quedo sin aire.
Es Dylan... o lo que queda de él, porque su nariz está tan roja que podría parecer un reno de Papá Noel.
—Pero ¿qué haces aquí? —le digo con voz de lástima porque salta a la vista que está helado.
—He ve-ni-do a ver-te —habla tartamudeando de la tiritona que tiene.
—¡Te vas a poner malo!
—Es que ha cam-bia-do mu-mu-mucho el tiem-po.
Le miro bien. Lleva una cazadora vaquera con borreguillo, tipo leñador, que todos sabemos ya que no abrigan nada por mucho que se pongan de moda una y otra vez.
—¿Has venido a verme? ¡Qué ilusión! —No puedo evitar acercarme para abrazarle e intentar infundirle calor.
—Me has a-lu-ci-ci-nado. E-e-res muy buena.
—¡Anda! Vamos a algún sitio a que entres en calor, que de esta te pillas una pulmonía.
Como está cerca, se me ocurre ir a mi cafetería favorita y, aunque está muy llena, encuentro una mesa al final.
Acher, el camarero que me escribió en el vaso que me casase con él, viene a saludarme y se sorprende al verme acompañada.

—Acher, mi amigo está helado. Tráele algo para que entre en calor y a mí lo de siempre, aunque hoy no tan fuerte.

—¡Pero chico, qué cara traes! —le dice y Dylan intenta sonreírle, pero tiene la cara tan tiesa que no puede —. Ahora mismo vengo.

Y eso hace. En dos segundos trae una manta de esas con pelo suave y se la echa por el cuerpo.

Dylan hace un amago por quitársela y el camarero le insiste que se la quede porque no quiere tener que llamar a una ambulancia.

Me tengo que reír. Es surrealista.

Después, le trae un chocolate y voy viendo cómo se templá con cada sorbo.

—Es mi cafetería favorita —le confieso.

—No me extraña. Se nota que saben cuidar de sus clientes —dice apuntando con sus ojos a la manta—. Parezco la abuelita de caperucita.

Me vuelvo a reír.

—Muchas gracias por venir. Me ha hecho mucha ilusión, Dylan.

—Te confieso que no pensaba que eras tan buena... y cómo cantas. Eres increíble.

—No sé cómo tomarme esto... ¿No confiabas en mis dotes de actriz?

Dylan niega con la cabeza.

—No es eso, pero tampoco he pensado en ti de esa forma... Es que me has tenido con la boca abierta toda la función. Estoy deseando llegar a casa para ver todas tus pelis.

Me río, y de pronto me acuerdo de cómo nos despedimos y se me corta el buen rollo de golpe.

Él, que siempre supo leer en mí, se me adelanta:

—No es mi novia, Amanda... Somos compañeros de piso. Bob también lo es.

—¿El hijo es de Bob? —le pregunto y creo que se me escapa el entusiasmo en el tono esperanzado que he emitido.

Dylan resuella, y entonces sé lo que me va a decir antes de que lo haga:

—No, es mío.

—¿Y no es tu novia?

—No...

—¿Habéis cortado antes de que nazca el bebé?

—No. —Sonríe de medio lado—. Nunca hemos estado juntos.

—Hombre, por lo menos una vez sí. No es que yo sea un premio Nobel, pero a eso llego.

—Rachel es mi amiga, Amanda. Solo eso, y le gustas más tú que yo. De hecho, la cara que puso el otro día es porque siempre me ha pedido que te presentase.

—¿Es gay?

—Sí, y le encantas. Bob le contó por encima que te conocía y siempre me ha dicho que tú eras de las suyas. Ella quería tener un hijo y me lo pidió. Yo también quería. Fue por... inseminación —admite y me sonríe con orgullo.

De verdad, la vida te da unas vueltas que es normal que todos acabemos demenciados.

—¿En serio?

—No bromearía con algo así. Voy a ser padre, Amanda, y eso me hace mucha ilusión, pero Rachel y yo no somos novios.

—¡Qué valiente! Si ya es duro con tu propia pareja, no me puedo imaginar si no hay amor de por medio...

—Yo quiero mucho a Rachel, y nos conocemos desde hace muchos años. No vamos a tener problemas. Es una mujer muy conciliadora. Me encantaría que la conocieras. Es imposible enfadarse con ella. Siempre está feliz.

Me quedo callada. Ahora siento tanta vergüenza por mi comportamiento del otro día...

—Perdona que me fuera así el otro día.

—No, tranquila. Te entendí. Por eso he insistido tanto en verte —me dice y a mí me salen chiribitas de la sonrisa.

Nos miramos en silencio un rato. Bebemos y nos observamos.

Estoy tranquila. Es un poco como volver a la Amanda de antes, la que no era famosa y aparentaba ser perfecta a todas horas.

—Casi mueres en el teatro —bromeo—. Me has llegado a asustar.

—Veo el titular: Un pringado fallece congelado al esperar a Amanda Martín.

Nos reímos.

—¿Y cuál es tu plan de vida ahora? Porque ser padre te va a quitar mucho tiempo —le pregunto.

—Pues desde luego cuidar de mi hijo todo lo que pueda y de Rachel lo que me deje. Ya te contaré...

—Claro.

—Pero... Amanda creo que, no sé, después de volver a verte... —Duda—. Sabes que soy muy sincero, ¿verdad?

—Le digo que sí—. Me encantó verte el otro día y no he podido parar de pensar en que no puede ser casualidad. ¿Dónde está ese chico tímido de hace ocho años que no hablaba apenas de sus sentimientos?

—A mí también me ha pasado —afirmo—. Perdona por no haberte llamado, pero estoy metida en varios proyectos y... bueno, te vi con ella... Pensé que era mejor quedarme quietecita.

—No pasa nada. Era comprensible.

—Entonces, ¿estás soltero?

—Sí —responde firme—. Hace dos años que no tengo una relación seria. Llevo todo este tiempo volcado en mi trabajo y en los entrenamientos. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

Dylan me coge una mano... Ya ha entrado en calor y su contacto me sube desde los dedos hasta la boca del estómago.

—Sé que vivimos en mundos distintos, que no tenemos nada que ver, pero me gustaría tener una cita contigo y ver qué pasa.

Me río de pura vergüenza.

En teoría hemos estado casados. No deberíamos andar como en la Edad Media.

—Me encantaría. Aunque seas mi exmarido, nunca hemos tenido una cita.

Él también se ríe.

—No me puedo morir sin intentarlo, Amanda... Te quiero en mi vida, como amiga, como algo más, como mi ex... Me da igual, pero lo que no deseo es perderte de nuevo.

Estoy totalmente de acuerdo.

Me ha hecho mucha ilusión volver a verte. Fue una casualidad tan grande que te hace pensar.

Le miro, y pienso que va a ser padre. ¿Dónde me dejaría eso a mí si tuviésemos una relación? De pronto, me acuerdo de mi sobrina Candela y que pasado mañana llegan a la ciudad.

—Dime que mañana estás libre.

—¿Mañana? No, pero puedo cambiar el turno.

—Es que pasado mañana vienen mi hermana y su familia, y estaré con ellos. Estás invitado, pero sería mejor que nuestra primera cita fuese sin una niña de nueve años mirándonos, ¿no crees?

—¡Claro! Yo cambio el turno y mañana nos vemos.

—¡Ah... y otra cosita!

—Dime.

—Vas a tener que fingir que estás superenamorado de mí —Dylan frunce el ceño intrigado—, y cenar con nosotros en Nochebuena.

—Y yo pensaba que iba rápido...

—Ahora te explico...

Dylan me acompaña a casa. El camino más corto de mi vida. Lo prometo.

He observado que ha ganado en conversación. Hace años era más callado. También es verdad que siempre teníamos una cámara detrás, y eso no ayudaba.

Me gusta su forma de ver la vida.

Es deportista, amable, le encanta la música en directo, leer ficción y pasear sin rumbo, como a mí. Se conforma con poco. No es nada ambicioso y es muy familiar. Cuida de sus padres y se ve con ellos casi todos los domingos. Tiene un gato que está viejito y le adora, pero ya lo tenía cuando le conocí.

El asunto de venir a cenar en Nochebuena no lo ve claro, porque sus padres se quedarían solos, pero me promete que se acercará un rato por la tarde.

Se lo agradezco infinito. Es un encanto.

De todas formas, es que no soy neutral. O Dylan me ha pillado inmunodeprimida en lo que a amor se refiere, o es que hay algún tipo de conexión que no alcanzo a entender, pero me cuente lo que me cuente, me parece interesante. Todo en él lo es.

Cuando llegamos a mi portal y se presenta el momento de la despedida, nos miramos.

No le voy a decir que suba, porque quiero tomármelo con calma, pero me moriría por un beso.
Él parece que piensa lo mismo que yo porque se me acerca.
—¡Hip! —hipo con todas mis fuerzas y le asusto.
—¿Y eso?
—Hipo, perdona... ¡Hip! Me pasa con el frío o con los nervios, y se me tarda mucho en quitar.
—¡Pues vaya! Yo que te pensaba dar un beso tornillo... —Me guiña un ojo.
—Hip —respondo—. Me voy a subir a casa. —Hipo—. Es del frío y, como se me instaure, es muy difícil que se me quite. A veces me dura horas. ¿Nos vemos mañana?
—Vale. —Dylan se me acerca y me abraza con fuerza—. ¡Hasta mañana!
—¡Hip! —le respondo y me meto en el portal.
Antes de que se cierre la puerta, siento que se vuelve a abrir y me doy la vuelta.
Es él.
Dylan camina hacia mí con paso decidido.
—No respire —dice mientras me desabrocha el abrigo y me aprieta en la boca del estómago. Claro que no respiro. Con que me lata el corazón me conformo. Dylan me oprime y masajea a la vez que indica—: te estoy reseteando el diafragma para que deje de contraerse. Aguanta todo lo que puedas y cuando necesites tomar aire, suéltalo despacito.
Como magia. Se me quita el hipo, y le sonrío.
Dylan aprovecha que estaba cerca para empujarme a la pared y saltarse la distancia de seguridad.
—No pensarías que me iba a ir sin besarte, ¿no? No creerás que soy aquel chiquillo atontado de hace ocho años, ¿no?
—No eras atontado.
—Sí lo fui, y me he fustigado muchos años por ello. Por mí no va a ser.
—¿El qué?
—Lo sabes. De momento quiero mi beso de despedida. Me lo he ganado.
—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no?
—He estado al borde de la hipotermia, Amanda —susurra pegando su nariz a la mía—, y todavía me queda mucho frío en el cuerpo, pero si me besas, igual...
Él acaricia mis labios con los suyos y un calambre me sacude. ¡Madre mía! ¿Qué ha sido eso?
Ahora soy yo la que se inclina y le besa. La sensación es tan diferente a cualquier otra que no sé describirla. Es mágico, y más cuando Dylan se salta el protocolo y me abre la boca con sus besos para que nuestras lenguas se toquen, y estalle la pasión desenfrenada.
Nos besamos durante más de diez minutos y creo que podría estar toda la noche.
Es maravilloso, pero siempre hay un aguafiestas y esta vez le conozco.
Peter entra y tose al pillarnos sofocados.
Nos separamos y, como mi vecino el indiscreto no se va, les presento.
El enfermero y el bombero tienen más en común de lo que pensaba, y escucho como Peter le invita a subir a su casa para que cenemos los tres.
Dylan me mira pidiendo permiso y yo levanto los hombros para indicarle que haga lo que quiera.

Cena tailandesa, vino español y risas. Muchas risas.
No me siento nada incómoda. Todo lo contrario. Hacía años que no me lo pasaba tan bien en un plan improvisado.
Me daba apuro que Dylan supiese que me he acostado a veces con Peter, pero aquí, mi vecino, se lo ha dicho de una manera tan práctica que no ha dejado espacio a la incomodidad.
Ha sido algo como: me caes muy bien tío. Desde hoy quito las manos de mi vecina.
Dylan, que se lo ha tomado de lo más normal, nos ha preguntado si nos acostábamos, y Peter le ha explicado que hace muchas cosas conmigo y entre esas tener sexo, pero como entretenimiento mutuo, sin más.
Y a otra cosa mariposa.
Cuando las cosas fluyen, no hay obstáculo que no se pueda sortear.
Durante la velada, Dylan y yo nos abrazamos, nos besamos y acariciamos con cierta naturalidad.

Ya no puedo dejar de tocarle. Ni él a mí.
A las tres de la mañana, nos despedimos de Peter un poco borrachos y entramos en mi casa.
—Me lo he pasado genial, preciosa —susurra apretujándome contra la pared de nuevo y, dicho sea de paso, metiéndome mano por debajo del jersey.
—Y yo —le digo amasando su maravilloso trasero para acercarle más a mí.
Nos besamos con calentura, pero tanta calentura no viene siendo normal...
—Dylan, ¿tú estás bien?
—Uhhh..., muy bien —susurra mientras cuele sus ardientes manos bajo mi jersey.
—Dylan, tú tienes fiebre. Fijo. Es imposible que estés tan caliente.
Mi ex se me separa y observándole bien, le aprecio mala cara. Está un poco ojeroso.
Él se autoexplora tocándose la frente.
—¡Joder, estoy ardiendo! Ahora que lo pienso, me duele la cabeza, pero creía que era por el vino, como no suelo beber...
—Claro. ¿Quieres que mire qué tengo por aquí para darte?
—No, Amanda. Mejor me voy que me conozco y cuando me sube la fiebre, no puedo con mi alma. Me voy a casa antes de que me ponga peor.
—¿Te pido un Uber?
—Vale...
Saco mi móvil y me avisa que en cinco minutos llega.
—He debido coger frío cuando te esperaba.
—¡Jo, ahora me siento culpable! —le digo apenada.
—Tranquila, esto se me pasa mañana. Me lo he pasado genial, Amanda. Mañana hablamos.
Cuando me va a ir a besar para despedirse se arrepiente a la mitad y me comenta:
—No vaya a ser que te pegue algo... Mañana te llamo.
Le abro la puerta y se marcha.
Al cerrar pienso que ya es mala suerte. Nos prometíamos una noche ardiente, pero no de fiebre.

Capítulo 10:

Mi nexo con la tierra

Mi hermana Alicia, mi cuñado y una enorme Candela entran en mi casa. ¿Cómo ha podido crecer tanto mi pequeña? Ya ha perdido la cara de niña. Con cosas así es cuando me doy cuenta de que no debo vivir tan lejos. Me da una pena terrible.

Siempre nuestra conexión ha sido especial.

Mi hermana me pide a veces que hable con ella porque solo me hace caso a mí y es que creo que es una mini yo total. Es creativa, fantasiosa, respondona, tímida y, cuando algo o alguien no le cuadra, es aniquiladora. No violentamente hablando, pero no se acerca al foco en cuestión.

Tanto ella como yo somos de grupos pequeños. Nos sentimos más seguras así.

Se lo llevo intentando explicar a mi hermana desde que nació; que no es autista, que no tiene Asperger... Solo es que se siente cómoda con pocos. Cuando la energía y los gritos se desbordan, como sucede en una fiesta o en un parque de bolas, Candela se abruma, como me pasaba a mí.

A mi hermana y a Jorge les encanta la reforma que le hice a la casa después de comprarla. Aunque no es muy grande, tiene una terraza fabulosa y tres habitaciones. Soy consciente de que, con lo que me ha costado, podría comprarme una casa enorme en el barrio de mi hermana en Madrid, pero estoy ahora aquí y me es suficiente.

Tengo un vestidor como el de Carrie Bradshaw en *Sexo en Nueva York*, que me hace sonreír todas las mañanas.

Mientras Candela y mi cuñado descansan un rato, Alicia y yo nos ponemos al día.

Ella es mi hermana mayor, y, como cualquier hermana mayor, hemos pasado por muchas fases en nuestra relación. De pequeñas nos matábamos y ahora la adoro. Por muy diferente que seamos, ella y mis padres, son mi punto de unión con la tierra.

Los necesito para no perder la cabeza.

En este mundo, cuando todos dicen admirarte, cuando se ponen nerviosos al verte y hasta a un policía le tiembla la voz si te tiene delante, lo más lógico es perder la perspectiva y crearse un ser especial.

La contrapartida es que tú sabes que no eres un elegido, que solo es que tu trabajo lo es, y tienes días malos, como todos, y eso te hace sentir fatal porque alguien con éxito no debería frustrarse por chorradas, sin embargo, se frustra y es entonces cuando te sientes un fiasco, un farsante y crees que el mundo está equivocado contigo.

La línea de la cordura presume de ser más delgada para los famosos.

Por eso, hay que evitar endiosarse y yo he descubierto que la mejor forma es rodearse de gente que te mira como a una persona. No como a alguien popular.

Mi familia. Ellos son mi conexión con la Tierra y así evito los antidepresivos.

Alicia es CEO en una multinacional y trabaja a destajo, a todas horas, y encima se encarga de todos los asuntos de Candela. Es un terremoto de mujer. Es admirable. Debería quejarse menos, es el único «pero» que le encuentro, que muchas veces ve lo malo y no se fija en lo bueno, y se echa el mundo sobre los hombros cuando es imposible poder con todo.

Al ir tan acelerada, le cuesta fijarse en su presente y eso le hace derrapar a veces y frenar a trompicones para no saltarse ni un semáforo más.

Alicia se queja, como siempre, por todo el trabajo que tiene, pero esta vez me dice algo que nunca le había escuchado y es que le ha pedido a su jefe una reducción de jornada o se irá.

—He estado a punto de perder a Jorge, Amanda —reconoce dando un trago a una copa de vino blanco que han traído ellos. Un albariño espectacular, Mar de Frades.

—¿Qué me dices?

Amanda se descalza y sube las piernas al sillón, y se abraza por las rodillas.

—Se ha cansado de mí, de mis prisas, de que esté todo el día al teléfono, de que actúe como que le escucho y, sin embargo, no le haga ni caso porque estoy escribiendo en el ordenador un informe que me importa una mierda, pero tengo que entregar porque mucho dinero está en juego. En definitiva, se ha hartado de vivir solo.

La veo que se quita un peso de encima y apoya la cabeza en el sillón. Conociendo a mi hermana, no se lo había contado a nadie.

—Alicia, ¿eres feliz en tu trabajo?

—Yo qué sé... Me gusta a veces, pero la mayoría del tiempo no me da tiempo ni a pensarlo.

—Alicia, ¿quieres a Jorge?
—¡Pues claro! —Se gira con los ojos llorosos—. Le adoro, de verdad. Es el mejor padre que puede tener mi niña...
—No me refiero como padre. Me refiero como pareja.
—Sí, le quiero muchísimo. Es mi compañero de vida. Era mi amigo íntimo, mi cómplice... No confío tanto en nadie como en él. No le puedo perder.
—Pues no le pierdas.
—Espero que estas vacaciones volvamos a conectar, pero con Candela anhelamos la intimidad, y mira que ahora ella se porta fenomenal, que ya es más mayor, pero, aun así, es complicado.
La miro y se me ocurre una idea.
—Ahora mismo os vais a un hotel y os tomáis esta semana de vacaciones. Podéis hacer lo que os dé la gana. Yo me quedo con Candela. Ya he terminado el teatro y tengo todo el tiempo para ella.
Me cuesta convencerla. De hecho, solo consigo que se vaya después de pasado mañana, del día veinticinco de diciembre al treinta, pero lo logro, y, cuando se lo cuenta a Jorge, él me abraza con fuerza y sé que estoy haciendo bien.
Dylan hoy sigue enfermo. Tiene anginas y no se puede mover de la cama, por lo que los planes de anteayer se cancelaron, y hoy también.
Mañana, en Nochebuena, no podía venir, así que tengo todo el tiempo para mi pequeña niña mayor, para mi Candela.

Todos vamos al museo americano de historia natural por la tarde y por la noche. Cuando llegamos a Times Square, Candela permanece callada, mirando de un lado para otro más de veinte minutos.
Me alegra infinito haber presenciado su primera vez en Times Square.
Cenamos en The Counter unas hamburguesas y patatas fritas, y nos lo pasamos en grande brindando por todo lo que se nos ocurre de la Navidad.
Ha sido una tarde maravillosa.
Nadie me ha reconocido y me he sentido muy tranquila y relajada.
Candela me ha puesto al día con todo lo que hace en el colegio, quienes son sus mejores amigos, sus profesores favoritos y las actividades extraescolares que más le gustan. Y sí, mi sobrina va a danza y le apasiona tanto como a mí.
Durante la cena, le explicamos que va a pasar unos días conmigo y que a sus padres no les verá todo el rato; quedaremos para hacer alguna actividad, pero nada más.
Se lo toma tan bien que hasta bromeamos con ello.
Cuando llegamos a casa, escribo a Dylan para preguntarle si está mejor y al tiempo me responde que un compañero médico le ha recetado antibióticos. Espera que le surtan efecto pronto.
Decido llamarle y hablamos un rato, y eso me hace sonreír como una boba.
Al colgar, mi hermana Alicia que no se corta ni con un cuchillo jamonero, me confiesa que me ha escuchado y que se nota que estoy ilusionada.
No se lo niego.
Le hablo de Dylan; de todo lo que me separa de él y de lo que me une.
—Amanda, esta vez déjate llevar por la intuición. No pienses tanto. Yo vi el programa y Dylan te miraba especial. Siempre pensé que le gustabas mucho.
—Me sigue mirando igual. Es lo que me ha enganchado Alicia, que con él es como si el tiempo no hubiera pasado. Me derrito. Te lo prometo.
—¿Te mira tipo Oscar Isaac a Jessica Chastain en el Festival de Venecia? Chica, no me canso de ver ese vídeo.
Nos reímos y lo buscamos para sacarle todo el jugo a la expresión de él en la cámara lenta.
Me voy a la cama feliz.
Sé que hoy voy a dormir como un bebé.

Capítulo 11:

Ninja por Navidad

Después de subir al Empire State Building y dar un paseo por mis zonas favoritas de Central Park, compramos en un Whole Foods Market cercano a mi casa y nos pasamos toda la tarde cocinando, cantando villancicos y, cuando está la comida en el horno, bajamos las persianas y ponemos *Solo en casa*.

Después hacemos una videollamada a los abuelos, que estuvieron el año pasado, pero este no podían venir porque a mi padre le acaban de diagnosticar una arritmia y le están ajustando el tratamiento.

Les echamos de menos, y hablamos casi una hora con ellos.

Mis padres me soltaron muy joven. Me vine de adolescente a estudiar, becada por la escuela de danza, aunque eso no significa que no se preocupasen por mí y no me cuidasen.

Ellos respetaron mi decisión de ser bailarina y me apoyaron siempre. Cuando podían, se venían por temporadas y, de todas formas, hablaba con ellos tres veces al día.

Están muy acostumbrados a venir a Nueva York. Me visitan dos o tres veces al año. Son unos enamorados de esta ciudad.

A las ocho, ayudamos a mi hermana a preparar la mesa con los villancicos de fondo.

A Alicia se le da fenomenal la decoración y se saca unos centros de mesa con bolas de Navidad y velas que parece una cena de revista.

Mi hermana me hace fotos vestida con un modelo plateado de Zara que he escogido para esta noche y así subirla a redes. Sí, Zara, marca España por Navidad.

Suena la puerta.

Candela va corriendo a abrir y mi cuñado le sigue.

No sé quién puede ser, porque Pet se iba de vacaciones.

—¡Tía! —me grita Candela—. ¡Ven!

—¡Voy! —respondo—. Sube esta foto y pon algo de feliz Navidad para todos o cosas así. A ti se te da mejor que a mí. —Delego mi red social a mi hermana.

—¿Quién es? —digo cuando estoy casi llegando.

—¡Feliz Navidad, Amanda! —me dice Dylan, vestido de traje negro y camisa blanca, con dos pequeñas flores de Pascua en la mano y un aspecto increíblemente sano y sexi.

—¡Dylan! ¡Has podido venir! —le digo saltando a sus brazos—. ¿Estás mejor?

Mi cuñado, que está atento, le quita las plantas y así le deja las manos libres para dejarse llevar por mi efusividad.

Nos abrazamos, y Dylan me besa en la mejilla. Yo muevo mi cara para convertirlo en un beso en los labios en toda regla.

—¡Mamá, ha venido el novio de la tía! —Escuchamos gritar entusiasmada a mi sobrina.

—Espero que siempre me recibas así —bromea Dylan.

—No lo dudes. Jorge, este es Dylan. —Me giro para presentarlos y al segundo hago lo mismo con Candela y Alicia.

Mi hermana se lleva a su familia al salón para prestarnos unos minutos de intimidad.

—Te he echado de menos —susurra en mi oído—. Al borde de la muerte y solo podía pensar en ti.

Me río.

—¿Vas a quedarte a cenar? —le pregunto entre cientos de besos que no le puedo dejar de dar en su cara recién afeitada y en sus carnosos labios. Me gustaba con barbita, pero así también está muy atractivo.

—¿Tú crees que tengo alguna opción de decirte que no? —Le pongo morritos—. ¿Ves? Ninguna —habla para él—. ¿Cómo puedes estar tan guapísima para cenar en casa? No me puedo imaginar tus pijamas...

—Estaba haciéndome fotos, pero, de todas formas, es Nochebuena —le digo en español esto último.

—¿Nochebuena? —intenta repetirme.

—Así se llama en España. Las familias se reúnen, cantan villancicos y van a la misa del gallo.

—Nosotros cenamos pavo normalmente y ponemos los calcetines a Santa.

—Lo sé. Llevo viviendo aquí muchos años —me burlo.

Dylan me besa para silenciarme y lo logra a la que su lengua roza la mía.

La descarga de placer me recorre entera.

—Quiero vivir esta «nozebuena» contigo. ¿Me invitas?
—¡Pues claro! ¿Y tus padres?
—¿Mi madre? Bob... le ha contado que tú y yo... Total, que me ha dado la noche libre.
—¿Tu madre no me odia?
—¡No! Mi madre es muy de horóscopos y cartas astrales, y siempre me ha dicho que tú y yo teníamos la combinación perfecta, que tú eras mi chica. En cuanto Bob ha pronunciado tu nombre se ha puesto como loca.
—¿Y qué opina tu madre de lo del bebé?
—Está feliz. Adoran a Rachel, y están deseando ser abuelos. Son muy modernos.
Le abrazo con fuerza como si quisiera fundirme con él.
—Muchas gracias por venir. Recuerda que tenemos que fingir que somos novios para que Candela siga creyendo en Papá Noel.
—¿Fingir? —Me aprieta contra él y siento precisamente que no está simulando nada. Le miro con los ojos muy abiertos, bastante sorprendida por su tono calenturiento. Hace años Dylan era algo más paradito para este tema —. Dime que tu recibimiento no ha sido una interpretación porque me caigo fulminado del bochorno ahora mismo.
Como respuesta, coloco su mano en mi cuello, como hizo él el primer día, y le invito a sentir mi pulso.
—Nada es actuado contigo, Dylan. Créeme.
—Soy un tío con suerte. —Me hace un guiño.
—Solo te pido que con Candela lo exageremos, que digas que soy tu novia y esas cosas.
—Será un placer exagerarlo todo —dice y me besa con dulzura.
Hacemos un esfuerzo por enfriarnos y de la mano entramos al salón.
Ya han servido la comida y puesto el cubierto para Dylan, que se sienta entre Candela y yo.
Me siento feliz y a la vez ansiosa porque vaya todo bien y fluya el buen ambiente. Vamos a tener que hablar inglés y eso supone un esfuerzo para mi familia y para la niña, pero nada más verle interactuar con ella, respiro tranquila. Dylan sabe hacerse querer.

¿Hacerse querer?
¡Eso no es nada!
Candela está extasiada con él. Mi hermana y Jorge, por ende, también.
Alicia me ha llegado a decir que se quedaba más tranquila sabiendo que estos días iba a estar Dylan por aquí, porque saltaba a la vista que ha nacido para los niños.
Pero con mi cuñado y Alicia también ha conectado. Han estado hablando de las tradiciones navideñas americanas y en concreto de las de aquí. Les ha recomendado un montón de sitios para hacer estos días libres.
El resultado es que hemos pasado una noche muy divertida y navideña, y que Dylan le ha sumado alegría.
Colgamos calcetines de mi chimenea eléctrica y minutos después Candela se queda dormida en los brazos de su padre mientras suena *Blanca Navidad*.
Cuando nos aseguramos de que la niña está profundamente dormida, preparamos los regalos para el día siguiente, improvisamos un regalo para Dylan porque no teníamos nada y nos tomamos una copa los cuatro adultos.
Al final acabamos jugando al Black Stories y mi cuñado nos sorprende presentándose como un audaz detective.
Nos reímos hasta doler y cerca de las tres de la mañana damos por culminada la velada, a sabiendas de que Candela se va a despertar muy pronto.
Cada pareja se va a su habitación.
Me siento un poco nerviosa al entrar en la mía con Dylan, aunque no es la primera vez que dormimos juntos. Durante el programa lo hicimos cada noche, pero ahora es diferente, porque ahora es real y me gustaría que pasase algo y a la vez me aterra. ¿Y si no sale bien?
Dylan me abraza por la espalda al cerrar la puerta y caminamos juntos a pasos cortos hasta la cama.
—Ha sido una noche genial —me dice bajito.
—Sí... —afirmo y me callo. Me ha temblado la voz.
Dylan me gira para mirarme a los ojos.
—Shh..., no estés nerviosa. No es nuestra primera vez en una habitación.
—Ya, pero aquello era por contrato y ahora es otra cosa.
—Y, aun así, ¿no te acuerdas?

Bajo la cabeza, porque claro que lo recuerdo.

—Te he de advertir que ya no soy aquel chaval.

—Ni yo aquella chica... ¿Y si ahora?

—¿El qué?

—No sé. Da igual.

—Amanda, habla conmigo. ¿Qué pasa?

—Que ha pasado mucho tiempo e igual tienes idealizada a aquella chica. Ya no soy la misma.

—¿Idealizada? Amanda, me hiciste polvo, ¿recuerdas?

—Me refiero al sexo, Dylan. Nunca me he vuelto a acostar con alguien ocho años después.

Dylan se ríe bajito para no despertar a la casa.

—Solo vamos a dormir hoy, ¿no? —me pregunta con sarcasmo.

—Sabes que eso es imposible —enuncio con seguridad.

—Por mi parte sí, pero si tú prefieres esperar, haré de tripas corazón.

—Yo no tengo nada que esperar. Solo me da un poco de miedo que nos comparemos a aquellos niños de entonces.

—Amanda, yo solo recuerdo lo que me provocaba el contacto con tu piel y eso sigue existiendo. Incluso se ha acrecentado con los años. Me vuelves loco solo con darme la mano. Olvídate del Dylan y Amanda de entonces, y siente el aquí y ahora.

—Vale —le respondo tímida —, pero hay que ser muy silenciosos. Algo me dice que tenemos espías.

—Voy a ser un ninja, te lo prometo, pero, por favor, regálame un cepillo de dientes.

Capítulo 12: Ocho años antes

Hoy debo tener el día tonto porque cada vez que Dylan me toca, las cosquillas me asaltan la piel. No debe ayudar que llevemos toda la jornada en un parque acuático temático y vayamos en bañador desde primera hora.

Además, todas las actividades las hemos hecho juntos y hay posturas un poco delicadas para ir con tan poca ropa. Incluso he notado que él también se ha excitado varias veces y resoplaba de bochorno.

El director nos pide que nos recostemos en unas tumbonas y charlemos un rato mientras ellos nos graban de lejos.

Hoy no ha venido Michael, y Dylan ha estado más relajado. En cierto sentido, yo también.

Un camarero nos trae unas bebidas con muchos colores y una pajita, y brindamos con ellas antes de beber.

Le hablo de por qué nunca bebo alcohol y de que para la profesión que he escogido, es mejor alejarse de todo tipo de drogas, aunque sean legales.

Dylan me escucha atento. Siempre lo hace y asiente.

El director se acerca y le pide que me vuelva a echar crema, pero esta vez Dylan se planta y le espeta que estamos agotados, que llevamos más de diez horas grabando y que solo me echa crema una vez, y nos vamos para el hotel.

El director le mira sorprendido y le promete que así será, siempre y cuando grabemos una toma en la que se evidencie la química que hay entre nosotros.

—Has estado bien —le digo aplaudiéndole su imposición.

—Prepárate porque estoy harto. No puedo grabar diez escenas de crema hoy. Voy a darlo todo.

Me río, aunque la risa se me corta cuando empiezan a grabar.

Me tumbo de espaldas y Dylan me desabrocha el bikini, y siento un beso justo donde estaba el cierre.

Oigo como abre el bote y siento la fría crema en mi piel, pero enseguida sus manos me calientan, y de qué manera.

Dylan me acaricia toda la espalda con una delicadeza irritante y me roza el pecho por los lados con toda la intención, porque lo hace varias veces.

Yo estoy boca abajo y no me pueden ver. Menos mal.

Cuando llega a mi baja espalda, mete la mano por debajo del biquini y me echa crema en la parte superior de mi trasero. Mi pelvis se quiere mover, aunque la bloqueo a costa de algún suspiro excitado.

Dylan echa crema también en mis muslos y en la cara interna de ellos se detiene con alevosía.

—¡Corten! —grita el director—. ¡Hemos terminado!

El equipo nos trae unas toallas y nos cubrimos con ellas. Lo agradezco, porque estaba tan excitada que me lo hubieran notado.

En el coche que nos lleva al hotel no hablamos nada. Ni nos miramos.

Yo intento relajarme, pero no lo consigo.

Cuando llegamos por fin al hotel, Dylan se baja rápido y cuál es mi sorpresa que lo hace para abrirme la puerta, y tenderme la mano.

—Vamos a nuestra habitación.

Caminamos un poco rápido hasta allí y al entrar Dylan cierra la puerta. No me suelta hasta conducirme a la cama.

Me siento y él se agacha en el suelo frente a mí.

—Amanda, soy de pocas palabras...

—Ya lo sé —le interrumpo para intentar suavizar el clima. Algo me dice que me va a proponer algo y no sé muy bien qué hacer.

—Pero te voy a ser sincero: me gustas mucho.

—Gracias —respondo.

—¿Y yo? ¿Te gusto a ti?

Me lo pienso, aunque creo que mi cabeza habla antes que yo porque se mueve indicándole que sí.

—Amanda, todo esto es mentira. Todo lo que nos rodea es falso. Son escenas y escenas en las que aparentamos lo que ellos quieren.

—Ya, yo pensaba que iba a ser más real.

—Pero ¿y si de puertas para adentro somos sinceros?

—¿A qué te refieres?

—¡Joder, Amanda! ¿Tú, qué crees? A que quiero hacer lo que me lleva pidiendo el cuerpo todo el día. Quiero acostarme contigo, quiero hacer el amor contigo y que lo que hagamos sea real. Solos tú y yo, porque de tanto fingir, ya no sé ni quién soy. Pero hay una cosa que tengo clara, y es que tú me miras y yo me excito. Tú me tocas y me excito. Tú dices mi nombre y me pongo a cien.

Dylan echa su cuerpo hacia delante para acercarse a mi boca. Su aroma me envuelve.

—¿Qué me dices? —me pregunta. Sus ojos azules me miran atentos esperando mi respuesta—. Dime que sí, dime que sí... —me ruega—. No hay nada que desee más que hacer el amor contigo, Amanda.

—Dylan, yo me voy a divorciar. Esto lo he hecho porque...

—Lo sé, lo sé... pero a quién le importa lo que suceda en nuestra habitación.

—¿Y si nos hacemos daño?

—Estoy dispuesto a arriesgarme. —Se incorpora y con su cuerpo me tumba sobre la cama. Puedo sentir su piel sobre la mía y gimo de la impresión.

—Y yo —le digo asaltando su boca para aceptar su propuesta.

En menos de un minuto estamos totalmente desnudos; tampoco era difícil al ir cubiertos únicamente por los bañadores. Nuestras manos recorren con ansias el cuerpo del otro. No quiero preliminares, llevo todo el día mojada, y se lo hago saber empujándole hacia mí.

Dylan me muerde el lóbulo de la oreja y me dice:

—Estoy de acuerdo. Al siguiente nos lo tomamos con más calma... —Estiro mis brazos para coger un preservativo y se lo doy.

Dylan no tarda nada en ponérselo y muy despacio, rabiosamente despacio, se introduce en mí.

Grito cuando me llena por completo.

Jamás había sentido algo igual.

Capítulo 13:

Te apuesto la Navidad

Llevo despierta un rato mirando a Dylan dormir. ¿Cómo puedo sentir tanto por este chico si apenas nos conocemos? Normalmente soy una caja de seguridad. A todas mis parejas les impido acceder a mi verdadera yo. Soy muy desconfiada y nunca arriesgo. Y, sin embargo, aquí estoy, desnuda, fijo que despeinada, y deseosa de que él se despierte, abra sus ojitos azules y me vea tal cual soy por la mañana.

Me es inevitable pensar en qué habría pasado si nos hubiéramos dado una verdadera oportunidad hace ocho años. Quizás todas las veces que me he sentido secretamente desdichada, no hubieran existido, o sí. Nadie lo puede saber, y sé que es absurdo boicotear este despertar con recuerdos del pasado.

Suenan voces por la casa y entiendo que Candela ya se ha despertado, y está abriendo los regalos.

Sonrío.

Un impulso que no me esperaba me eleva y me veo subida sobre el cuerpo de Dylan. Por lo que puedo percibir, se ha despertado del todo.

—Buenos días, mi dulce Amanda —dice con voz ronca de recién despertado, aunque sus manos acarician mis nalgas con crudeza.

Anoche pude apreciar que Dylan ha perdido suavidad y ganado fiereza en el sexo. Me puso a mil; al igual que ahora.

Abro las piernas para encaramarme a él y le beso el cuello.

—¡Buenos días! ¡Creo que ha venido Santa Claus! —le saludo y muerdo su labio inferior.

—Si te refieres a este —coge mi mano y la lleva a su entrepierna—, sí ha venido y puedes llamarle cómo desees, pero quiere estar dentro de ti, ya.

Tapándole la boca para ser silenciosos como ninjas —aunque sé que mi sobrina jamás entraría sin permiso a mi habitación—, me recoloco para montarle.

Anoche hablamos de que estamos sanos y de que yo llevo un diafragma. Así que, sin barreras, le introduzco dentro de mí y tengo que contener el grito que siempre me nace desde las entrañas cuando esto ocurre.

Ayer fue él el que tomó las riendas y me llevó varias veces a estallar de placer. Esta vez soy yo la capitana de este viaje y me deslizo sobre él como me viene en gana contrayendo mis carnes para que me sienta entera.

El orgasmo nos llega casi a la vez y caigo desmadejada en la cama.

Cuando podemos respirar me dice:

—Eres increíble, Amanda.

—Y tú, Dylan. Tú sí que eres increíble.

—¿Yo? Yo soy de lo más normal.

—No, tú no eres normal. Nada de eso. Me has perdonado, me cuidaste la otra noche, ayer viniste a la cena y te has ganado a mi familia. En dos días siento más por ti que por cualquiera de mis exparejas. Eso te hace increíble para mí y me acojona a partes iguales.

—A mí me sucede igual contigo. Es todo muy bestia. Y no había nada que perdonar. Siempre me dijiste la verdad. Fuiste sincera conmigo desde el principio. Fui yo el que me confundí.

Le abrazo y me apoyo en su tórax desnudo.

—Tenemos muy pocos días, Dylan. Me voy el treinta uno por la mañana.

—Lo sé. Ya me lo has dicho.

—Y encima tengo que cuidar de Candela estos días.

—Haremos planes los tres y pondremos un pestillo en la puerta.

—Jajaja... No vamos a tener casi nada de intimidad —le digo.

—Ya nos apañaremos. Lo del pestillo va en serio, ¿eh? Quiero que sepas que voy a taladrar tu puerta en un rato.

—Vale, vale... —Me río.

—Amanda, volverás a Nueva York, ¿no? Porque yo no podré salir de Manhattan durante un tiempo. El bebé, Rachel... Tengo que...

—Claro —respondo—. No te preocupes. Lo entiendo. Nueva York es mi casa, Dylan, pero no sé cuándo regresaré. Según Michael ha corrido la voz de que voy a trabajar con Vancouver y varios directores españoles que me encantan, le han llamado interesados... No puedo evitar sentirme emocionada. Siempre he querido trabajar en

español, y que se me reconozca en mi país.

—Yo también te entiendo.

—Concretando —le digo—, de momento solo nos podemos asegurar esta Navidad.

—Amanda, se me acaba de ocurrir una cosa... Puesto que solo tenemos una Navidad, hagamos que esta sea increíble, con todos los planes navideños que pueden surgir en esta ciudad. Apostémonos una escapada de reencuentro al mejor plan navideño.

—¿El que gane viaja al país del otro?

Dylan afirma.

—Me gusta —pienso en alto—, pero ¿quién lo juzgará?

—Hombre, pues nuestra testigo, Candela... Todos los días llevaremos a cabo tu plan y el mío, y tu sobrina decidirá cuál le ha gustado más. El que gane más días, se hace con la victoria.

—Te lo compro.

Dylan me mira travieso.

—Te apuesto la Navidad a que vas a pasar mucho sueño en el vuelo de vuelta a España, porque pienso aplastarte.

Le tiendo la mano y firmamos la apuesta. Este no sabe que me he visto todas las películas más ñoñas de Navidad y que voy a ganarle sin sudar.

—Y ahora pongámonos presentables para salir a abrir regalos —me dice.

Dos horas después, mientras bebo mi segundo café, miro a mi alrededor y me siento feliz.

El salón está hecho un asco, hay papel de regalo por todo el suelo, Dylan y Jorge están enfrascados con una cámara de fotos que le ha regalado mi hermana, Candela juega con otra cámara de fotos nueva, y mi hermana y yo comemos turrón y nos tronchamos de risa viendo un capítulo de *Sexo en Nueva York*.

Hace mucho tiempo que no me sentía tan tranquila.

Bienvenida sea la Navidad.

Capítulo 14: Nuestro álbum

Mientras coloco las fotos que ha ido haciendo Candela y las ordeno por días, me emociono y pienso que tengo que hacer un álbum de recuerdos, pero con texto para que no se me olvide nada.

Miro el reloj. Aún tengo tiempo.

Decido grabar audios y ya lo escribiré en mis ratos libres en España. Lo hago como si le hablara a Dylan que, en definitiva, es para él el álbum.

Día veintiséis.

El primer día de nuestra apuesta.

Empiezas tú. La mañana es tuya.

Desayunamos en Clinton St. Baking Company, que es famoso por sus tortitas.

Jugaste sucio porque sabes que a los niños les encantan.

Candela se puso las botas, más feliz que una perdiz, y con ese empacho de azúcar nos fuimos a patinar sobre hielo al Rockefeller Center.

Entonces comienza lo gracioso, porque te descubres como el peor patinador de la Navidad y tienen que dejarte uno de esos muñecos para niños que parecen andadores.

Candela y yo, que nos defendemos bastante bien, nos hartamos de reír y más cuando, incluso con el andador, te caes y te vemos desparramado por el suelo.

Aquí me gustó algo mucho de ti: que, a pesar de ser competitivo, de ser don apuestas y de romperte el culo contra el hielo varias veces, te lo tomaste con humor y no cesaste de hacer bromas.

Por la tarde mi plan: comimos en American Girl Place Cafe, la cafetería de la tienda de las famosas muñecas Americans, donde a Candela le regalé una personalizada, y almorzamos un menú bastante saludable con varias muñecas más.

Nada más entrar, alucinamos con el olor a azúcar tostado y tuvimos que dar cuenta de ello en los postres.

No pintabas nada, y eso también nos hizo mucha gracia, pero entraste al trapo y jugaste con tu muñeca como el que más.

Y después, fuimos, como no podía ser de otra forma, aprovechando que ya lo tenía preparado y había sacado entradas para mi hermana y Candela, al Lincoln Center a ver a mi antigua compañía de *ballet*, al New York City Ballet, representando *El cascanueces* con música de Tchaikovski y coreografía de Balanchine.

Es un clásico para los amantes de la danza, con más de noventa bailarines y sesenta músicos. Está considerado el mejor espectáculo navideño de todos los espectáculos navideños y, aunque ya lo he visto en varias ocasiones, me emociona siempre, pero esta vez superó con creces mis expectativas.

Mi sobrina y yo acabamos llorando cuando Clara y el príncipe se deslizan por un trineo tirado por renos. ¿Y tú? Tú no abriste la boca durante los dos actos y, solo cuando terminó y salíamos, me dijiste al oído:

«Hoy has ganado, diga lo que diga Candela. Nunca había visto un espectáculo de danza, y no puedo entender cómo».

Lástima que te tuviste que irte pronto porque tenías guardia, pero Candela y yo hicimos noche de chicas y volvimos a ver *El cascanueces* en la tele.

Día veintisiete.

Esta vez la mañana me la encargaste a mí y, como tenías que dormir, planeé mi jornada a partir del mediodía.

Ahora que observo las fotos me vuelvo a reír, porque te veo tan pálido en todas y con una sonrisa forzada que me recuerdo temblando de la risa, pero disimulando para no ofenderte. Estabas tan gracioso mareado... Y la cara que pusiste cuando viste el helicóptero, no la olvidaré jamás.

Candela dando saltos de alegría y tú blanco como la leche diciendo: «¡Un helicóptero! ¡Anda qué chulo!».

Las vistas son increíbles. Te lo prometo. Sé que no abriste los ojos, pero a Candela le encantó.

Por la tarde, mucho más tranquila y navideña, tú nos llevaste a Macy's, a Santaland, y Candela volvió a hablar

con Papá Noel.

Lo mejor fue cuando le dio las gracias porque le había conseguido el regalo que le pidió en Finlandia.

Esa tarde estuvo genial.

A mí se me ocurrió hacer una especie de amigo invisible y con veinte dólares para cada uno comprar un regalo, y dárnoslo el treinta por la noche, en nuestra despedida.

Ahora veréis qué os compré.

Intuyo lo de Candela porque la acompañé, aunque mi sobrina es más lista que una rata y puede haberme engañado.

El caso es que, con esto de los regalos, la tarde se envolvió de misterio y risas. Te viniste a casa a dormir, pedimos sushi para cenar y vimos *Los Goonies*.

Y después... pues eso, estuviste genial. Varias veces.

Día veintiocho.

Fuimos al mercadillo de Grand Central y paseamos por la preciosa estación. Nos tomamos chocolate caliente en un puestito, porque hacía un frío de mil demonios, y visitamos también una exposición de trenes en miniatura.

Como tu mañana versaba sobre mercadillos, luego fuimos al de Union Square y comimos en Lillie's, teletransportándonos al siglo pasado.

Fue muy divertido. Hubo un momento tenso, cuando un grupo de gente me reconoció y me tuve que hacer fotos con todos ellos, pero tú y Candela fuisteis comprensivos e incluso me hicisteis burla.

Y esa tarde te derroté.

El veintisiete lo ganaste tú, por cierto, que no lo he dicho, pero ese día me alcé con la victoria yo porque nos fuimos a ver las decoraciones de Navidad en Dyker Heights en Brooklyn, y alucinamos con las fachadas de las casas a las que no les falta un detalle.

Pero es que fue muy divertido, porque en varias viviendas aparentamos ser los dueños y luego hicimos un concurso de escoger qué casa le pegaba a cada uno y por qué.

Ahora estoy viendo la que me otorgasteis a mí y creo que tuve suerte. Era la menos recargada, porque la de Candela era fantasía pura y la tuya, como tenía un muñeco de nieve vestido de enfermero, no hubo duda, pero era un sinsentido de fachada.

Fuimos a tu casa a cenar con Rachel y Bob.

Rachel es... Me encanta, de verdad. Se la ve tan ilusionada con su bebé...

Aprovecho para decir que vais a ser unos padres estupendos.

Día veintinueve.

Ayer fue el último día de planes navideños y menos mal porque se nos acababan las opciones.

Por la mañana mi estrategia fue pasear viendo escaparates y hacernos fotos en todos los árboles de Navidad que viésemos.

Como era la primera vez de Candela, más tarde, escogí un crucero con villancicos en directo donde te sirven chocolate caliente y galletas, y ves el maravilloso Skyline de esta ciudad, la Estatua de la Libertad y Ellis Island.

Lo pasamos muy bien.

Por la tarde, tú nos llevaste a ver a Las Rockettes al Radio City; un espectáculo lleno de baile, música y efectos especiales que es icónico en Nueva York, y que supusiste que a dos amantes de la danza nos encantaría.

Acertaste. Tanto que Candela te dio la victoria y con ello igualó el marcador.

Así que, hemos empatado y nuestra apuesta no se ha resuelto, pero es verdad que ha sido la Navidad más bonita de mi vida. Nos queda esta noche.

Hoy vamos a adelantar la Nochevieja un día para cenar todos juntos. Todos. Mi familia y la tuya, es decir con Bob y Rachel.

Mañana volaremos a España por la mañana, pero esta tarde-noche haremos como que es treinta y uno de diciembre.

Dylan... termino este audio diciéndote que estoy muy feliz de que hayas vuelto a mi vida y que no pienso dejarte escapar porque eres auténtico, divertido, muy buena persona y contigo me pasa algo que nunca me había sucedido: que cuando me miras, todo mi alrededor se detiene y tengo que besarte. Ya puestos, el sexo contigo es de nota.

Te voy a echar de menos. Mucho.

Capítulo 15: Ocho años antes

Nos quedaba una semana de programa, pero todo se ha acabado y he vuelto a mi piso compartido.

Mientras deshago la maleta, intento encontrarle sentido a todo esto y al por qué estoy llorando sin darme cuenta, como si mis lágrimas no me perteneciesen y fuesen por libre.

Me siento en la cama a respirar y centrarme.

He de estar contenta. La productora ha hablado con Michael y me están buscando papeles para series ahora que soy algo conocida, porque se ha comenzado a emitir el programa, y la pareja que formábamos Dylan y yo está gustando mucho.

Yo no lo he visto. Ni pienso verlo.

«¿En serio te crees esta bazofia?».

Aunque intento bloquear este recuerdo, vislumbro con total claridad su cara de desconsuelo cuando le he dicho que se acababa.

Llevábamos dos semanas compartiendo piso en un estudio que nos había preparado el programa con cámaras por todos lados.

Michael me estaba presionando para que le dejara, porque ya era demasiado íntimo y para mi carrera no le convenía, pero yo no encontraba el momento adecuado hasta que hoy ha salido una noticia en una página sensacionalista de internet donde una chica decía ser la novia real de Dylan, y que estaba alucinada por los cuernos que le habían puesto en directo.

La excusa perfecta.

Desde primera hora, Michael me ha llamado para avisarme y darme las pautas.

Ya no podía retrasarlo más.

Si seguía con Dylan, después de algo así, aunque saltaba a la vista que era mentira, iba a quedar para la imagen pública como la mala de Estados Unidos, y tenía que romper.

Dylan había salido a correr y, cuando ha entrado por la puerta y me ha visto preparando la maleta, su consternación le ha hecho ofrecerse a ayudarme a meter las cosas.

Yo le he mirado con pena, le he dicho que no hacía falta y he seguido a la tarea.

Entonces, se ha dado cuenta de que me iba de verdad:

—¿He hecho algo mal? ¿Por qué?

—Se acabó, Dylan... Ya no confío en ti —le he dicho lo que me ha indicado Michael que podía responder.

—¿Y por qué me he ganado tu desconfianza?

Entonces, le he enseñado el reportaje en el móvil y, por cómo le conozco, sé que su cara era de sorpresa absoluta. No ha tardado en defenderse diciendo que era mentira y que si me creía esa bazofia. Me ha reconocido que esa chica fue con él al instituto y punto.

Le he creído, pero tenía que marcharme.

Le he dicho que daba igual, que la confianza estaba trunca y que me iba.

Me he estado peleando con la *trolley*, porque no podía cerrarla, y Dylan, dejándome sin palabras, me ha ayudado.

He aprovechado para susurrarle en el oído, sin que las cámaras me escuchasen:

—Lo siento. Sé que es mentira, pero tengo que irme.

Dylan me ha sonreído frustrado y, al acercarse para darme un beso en la mejilla, me ha dicho:

—Amanda, quédate, por favor... o llámame.

—No puedo. —Creo que, a partir de aquí, hemos dejado de susurrar y va a salir en el programa.

—¿Por qué? Me estás rompiendo en dos. Lo sabes, ¿no?

—Has perdido mi confianza y tengo que seguir con mi vida. Te lo dije.

—Pero eso fue antes de... Amanda, ¿sientes algo por mí? —me ha preguntado clavándome su consternación.

No le he respondido. No podía.

He salido por la puerta sin más explicaciones, aparentando que huía porque él me había engañado; dejándole ver como el malo mientras que la villana, la egoísta y manipuladora, soy yo.

No me enorgullece. Si algo soy, es sincera conmigo misma y esto me va a costar perdonármelo porque me puede convertir en algo que no quiero ser.

Me limpio las lágrimas.

No sé si he hecho bien, pero me consta que acabo de rompernos el corazón a los dos. Voy a echar de menos sus besos, sus abrazos, la forma en la que me escuchaba... Él apenas hablaba. Me preguntaba todo el rato, porque quería conocerme. Me decía que nunca había tenido tantas ganas de saber de alguien como de mí.

Yo nunca había tenido tantas ganas de que me conocieran.

Pero ¿por qué lo he hecho? Pues porque Michael me tenía la cabeza loca...

Yo no estoy ahora para eso. Tiene razón.

Dylan no puede ser mi pareja. Si quiero tener porvenir en mi carrera como actriz, no puedo estar casada con veintipocos años y menos con un concursante de un *reality*.

Obvio, pero ahora duele, porque Dylan se ha convertido en alguien muy especial para mí. No me lo puedo negar a mí misma y sé que le voy a echar de menos.

Michael me llama a media tarde. Me acaba de salir un casting y quiere que lo celebremos esta noche.

Le digo que no, que no me encuentro bien.

—Mi niña, has hecho bien. Hazme caso.

—Vale...

—Es tu carrera, Amanda. Lo sabías y se lo avisaste.

—¿Tienes su teléfono?

—No, y no te lo voy a dar. Tienes que olvidarte de toda esta historia. Mañana te llevaré los papeles del divorcio. No vas a conceder entrevistas sobre el tema. Ni una jodida pregunta, ¿me oyes? Esto ya es otra etapa. Ahora comienza tu futuro y vas a ser muy feliz. Te lo prometo. Van a lloverte las ofertas. Así que llórale hoy si quieres, pero mañana te quiero ver con la cara más jodidamente radiante que te haya visto jamás. Se supone que eres actriz y sabes cómo hacerlo.

—Michael, es muy buen tío y me gustaría explicárselo.

—No, Amanda. No lo alargues. Eso no te va a servir de nada. Olvídale. Es él o tú, tenlo claro. Olvídale. Dylan no es nadie. Hay cientos de Dylan por ahí...

Capítulo 16: La última cena

Ayudo a mi hermana con los detalles de la mesa y, mientras vamos y venimos, me cuenta que estos días han funcionado, y que Jorge y ella han vuelto a conectar.

Han tomado una decisión importante: ella se va a coger una reducción de jornada y, si no se lo permiten, que es lo más probable, se marchará y con el dinero de la liquidación, montarán un negocio. Algo que siempre le ha apasionado a Jorge, el vino. Quieren lanzar algo relacionado con él: exportación de vino español, visitas a bodegas... pero lo que sea, lo quieren hacer juntos porque saben que siempre han formado muy buen equipo.

No me puedo alegrar más por ellos. De verdad que sí. Y se los ve tan relajados y a Candela tan contenta, contándoles todo lo que hemos hecho estos días, que los miro y pienso que yo también quiero tener mi propia familia, que estoy gastando mi vida en rodajes.

Yo le hablo también de Dylan, de lo bien que lo hemos pasado juntos, de que estoy más enganchada a él de lo que me puedo imaginar y que sé que le voy a echar de menos. Le explico que es que con él todo fluye, que no hay complicaciones, y es como si juntos no existiese obstáculo que no pudiera sortear.

Mi hermana me mira con asentimiento y me dice:

—Hermanita, eso es el amor.

Mientras vamos a la habitación a arreglarnos, ella me pregunta por lo que me puede suponer que él tenga un hijo con otra, pero no me preocupa en absoluto.

Sé que eso va a impedir que nos veamos durante los primeros meses, y es que él va a tener que dedicarle mucho tiempo a su hijo. Su vida va a cambiar, su responsabilidad, su escala de valores..., todo. Aunque eso no significa que yo no pueda estar, que no pueda compartirlo con él. No voy a ser su madre, claro está, pero sí me convertiré en ayuda y en alguien importante para el pequeño o pequeña.

Mi hermana me abraza y me dice que está orgullosa de mí, de mi madurez y mi buena disposición.

—Alicia, hace ocho años Michael me dijo algo que no he dejado de pensar en estos días.

—¿El qué?

—Que había muchos Dylan.

—Ahh... ¿Y?

—Que puede que sea verdad, pero para mí solo existe un Dylan. En todos estos años, nadie me ha hecho sentir lo que él y estoy harta de estar sola por el mundo.

—Estabais predestinados... y teníais que volveros a encontrar. Papá Noel ha trabajado duro —bromea.

Suena el timbre y escuchamos a Candela correr a abrir. Lleva todo el día sin Dylan y no ha parado de preguntar por él.

Mi hermana y yo salimos a recibir a los invitados:

Una sonriente Rachel, con un traje negro ajustado con lentejuelas en el pecho que le marcan su preciosa y enorme barriga. Esta chica irradia alegría, tiene una energía preciosa. Por lo que la conocí en la cena de antes de ayer, es muy dicharachera y lee el mundo con una sencillez envidiable. Es de esas personas que quieres tener cerca porque no te contagia de problemas. Todo lo contrario, te da soluciones.

Bob... Bob es un personaje para estudiar. Es el típico al que se le ha ido, pero mucho, y de repente comenta algo que te deja la boca abierta. Él viene vestido de Gandalf y nos dice que es su costumbre pasar de año vestido de la persona más importante de su vida, su ejemplo a seguir. Es algo verborreico y precipitado, pero Dylan, que me ha contado muchas cosas de él, me ha confesado que es un gran amigo y muy buena persona, que se preocupa por todos y siempre sabes que él está ahí y, aunque sus consejos se escapan de los límites de la cordura, siempre te da otro punto de vista.

Y Dylan, con traje y pajarita. Con un traje ajustado y una camisa blanca que no veo la hora de quitar. Es que se me hace la boca agua de lo guapo que está, como si fuera uno de esos manolitos que me trajo el otro día mi hermana de España.

Dylan les presenta a Jorge y Alicia; Candela les da su cotillón de Nochevieja y, entre risas por los gorritos y las gafas que vienen en la bolsa, accedemos al salón.

Ponemos villancicos de fondo y servimos la cena de una vez. Todo para picar, para que podamos centrarnos en los invitados y no andar yendo de acá para allá.

Me siento al lado de Dylan y mi hermana.

Al principio, como es normal, porque apenas nos conocemos, se palpa un poco forzado el ambiente, pero según pasan los minutos se va normalizando y las conversaciones fluyen. Sobre todo, el tema del gran apagón que da mucho juego por los posibles problemas y las soluciones que inventa cada uno.

Descubrimos que Bob y Dylan se lo creen con convencimiento y ya se han hecho con un generador. El resto somos más positivos o quizás pasotas, y puede que nos pille sin papel higiénico como en la pandemia, pero yo prefiero vivir así, arriesgando, que en una angustia continua.

Después hablamos, como no podía ser de otra forma, del bebé, de qué tienen preparado y de por qué no han querido saber su sexo.

Alicia y Jorge nos cuentan el nacimiento de Candela y la locura de los primeros meses. A Candela le apasiona saber detalles del día en que nació.

Dylan y yo no podemos evitar tocarnos por debajo de la mesa y de vez en cuando tenemos que besarnos y acariciarnos. Es nuestro último día y, aunque intentamos fingir que no pasa nada, hay muchos sentimientos encontrados.

Él me susurra varias veces al oído que estoy preciosa, que me quiere comer entera, que soy su sueño... Dylan se me ha descubierto como todo un romántico al que no le importa mostrar sus sentimientos y escoger frases inolvidables para hacerte temblar de la cabeza a los pies.

Brindamos varias veces.

Cuando terminamos los salados, nos damos un tiempo para los postres y decidimos darnos los regalos que nos compramos en Macy's.

Dylan abre los dos suyos, sin saber de quién es cada cual.

Nos reímos con el primero, que es una bolita de Navidad con una pista de patinaje de base, y con el segundo suena un «¡ohhhhh!» generalizado porque es una camiseta de bebé que pone: Soy superhéroe como papá.

Dylan no sabe descifrar cuál hemos comprado cada una, y mi sobrina y yo juramos mantener el secreto.

Me toca el turno y abro unos pendientes de Papá Noel muy graciosos, que sé que me ha comprado mi sobrina, más que nada porque el segundo descubro que es de Dylan. Me ha regalado una crema solar con un mensaje que solo yo puedo leer:

Siempre que veía cremas solares me acordaba de ti, de que en aquellos momentos llegué a renegar de echarte y echarte botes, y más tarde los añoré y me ardían las manos por volver a sentir tu piel bajo mis dedos.

Esta crema guárdala para mí. Siempre, a cualquier hora, estaré disponible para untártela porque mis manos se han creado para tocarte.

Hemos perdido mucho tiempo y malgastado muchas cremas en otras espaldas.

Amanda, ¿quieres que a partir de ahora solo nos podamos echar crema el uno al otro?

Termino de leer la carta y le miro emocionada.

Escucho a los demás quejarse porque no es justo y que no se enteran, pero los oigo de fondo.

Dylan me observa nervioso. Está un poco sonrojado. Es normal. Creo que yo también lo estoy.

Hago que me pienso la respuesta, pero en tres segundos le digo:

—Claro que sí.

Dylan exhala el aire que tenía guardado con fuerza y me abraza fuerte.

—¡Ha dicho que sí a algo! —chilla Bob.

—¡Yo también lo he escuchado! —dice Candela.

—¿Le has pedido matrimonio? —le pregunta Raquel a Dylan.

—¡Aysss, mi madre! —escucho a mi hermana emocionada.

Dylan y yo no les respondemos, sobre todo porque no podemos parar de reír, mitad por el subidón y mitad por lo graciosos que son suponiendo que nos acabamos de prometer.

Dylan levanta una copa y todos se callan porque sus ansias curiosas les demandan silencio sepulcral:

—Brindo porque esta Navidad ha sido la mejor en mucho tiempo y estas dos bellas mujeres me ha hecho ser el hombre más feliz de Nueva York. Y brindo también porque, cuando uno ya ha dejado escapar a la mujer de su vida una vez, sería de tontos repetirlo. Por eso, Amanda y yo hemos prometido que no dejaremos que nadie más nos eche crema —dice y no puede evitar carcajearse de la cara que tenían todos y su más que evidente chasco.

Yo me apoyo en su pecho, cogiendo la crema como si fuese un anillo y, mientras los demás nos abuchean, Dylan

y yo nos reímos por dentro.

Después de este fracaso de pedida de mano, Candela que no puede ocultar su estado de nervios, abre sus dos regalos. Son una impresora de fotos, que vale más que los diez dólares que pactamos y que le he regalado yo, y después descubre el de Dylan: una foto enmarcada de mi sobrina y yo, de perfil, emocionadas, absorbidas por *El cascanueces*.

Es preciosa. Sobre todo porque representa ese momento tan mágico, y se nos ve como dos gotas de agua.

Mi hermana, que ya he dicho que es una supermujer, y no sé de dónde saca el tiempo y las ideas, viene con una bolsa al salón llena de regalos, y aclara que es para hacer un amigo invisible muy típico que realiza con sus amigos en Navidad.

Explica las normas: pondremos en un saquito todos los nombres y se irán sacando uno a uno. Al que le toque su turno, puede escoger abrir un regalo o elegir uno que ya le haya tocado a algún participante, y le encante. Al que se lo quitan, se queda con el nuevo paquete sin abrir o también puede robar otro regalo que esté en la mesa.

Aunque parece un poco lío, en cuanto empezamos, lo entendemos y averiguamos que, igual que hay regalos chulos como una gorra de los New York Knicks, hay chorradas como un elfo cantarín.

A mí me toca la quinta. Escojo un paquete y opto por no abrirlo, y robarle a mi cuñado Jorge unos posavasos del Moma que me han encantado.

Jorge le quita a Bob la gorra de los Knicks y este abre el paquete porque los regalos que quedan en la mesa ya no le convencen.

Lo que se encuentra hace que todos nos tronchemos de la risa: un paquete de pañales.

Al final yo me quedo con los posavasos, Dylan escoge el último y elige los pañales, Candela se hace con el elfo, mi hermana con un llavero de un taxi de Nueva York, Jorge con una guía de Madrid escrita en inglés, Bob con macarrones con forma de Empire y Rachel con unos calcetines de borreguito.

El juego ha sido un éxito y ha cumplido su cometido: divertir y aumentar el clima festivo.

Todos nos ayudan a recoger la mesa para servir los postres y, entre el flan casero de Jorge, un panetone y una tarta de manzana que ha traído Rachel, engordo dos kilos, seguro.

Ponemos música y bailamos haciendo el tonto en el salón.

Jorge saca un muérdago y nos obliga a Dylan y a mí a besarnos, costándole menos que nada el convencernos.

Varios nos hacen fotos y, aunque estoy acostumbrada, sé que me he ruborizado.

En un momento que voy a la cocina a por agua, Rachel me sigue y me dice que quiere hablarme de una cosa.

Cierro la puerta y me dispongo a escucharla algo nerviosa porque no sé muy bien qué me va a contar, y por su cara sé que está intranquila.

—Nada, es que quería decirte una cosa... pero ahora no sé cómo empezar.

—Dime. Tranquila. —Le agarro de la mano.

—Venga... Lo primero es que por favor no juegues con Dylan. De verdad que es un amor, y está loco por ti.

—Y yo por él.

—Nunca le había visto así de feliz. Siempre va taciturno, pensativo y estos días irradia felicidad por dónde pisa. Tú le haces bien, Amanda, e igual que te lo agradezco, te pido que te lo pienses por si no estás al mismo nivel que él.

—Vale, gracias... Quedo avisada. —Le guiño un ojo.

—Y otra cosa... esto es más difícil, pero creo que debes saberlo y sé que él no te lo ha contado. Tengo cáncer de mama, me lo diagnosticaron en la semana veinte y he decidido esperar a que mi bebé nazca para tratarme.

La consternación me dobla las rodillas y me veo ayudada por Rachel para sentarme en una silla.

—¿Qué me dices? Pero ¿cómo?

—Tengo muchos antecedentes y me hormonaron para quedarme embarazada... Supongo que no ayudó...

—Madre mía —resuello.

—Pero voy a estar bien. Me lo están controlando y, en cuanto nazca el bebé y me reponga del postparto, me pondré en tratamiento. Parece ser que está muy localizado y, aunque no me han hecho TAC, porque no pueden, por la ecografía no se ven metástasis.

—¿Cuál es el tratamiento?

—Creen que primero me operarán y luego quimioterapia, pero hasta que no me puedan hacer todas las pruebas, no lo saben con certeza.

—Lo siento mucho Rachel y si puedo ayudarte en algo...

—Necesito que ayudes a Dylan. A él no le va a quedar más remedio que encargarse de casi todo.

—Ya, en cuanto pueda volveré.

—No, tranquila, hasta por teléfono sé que puedes ayudarle, pero ánimale, porque sé que, aunque finge lo

contrario, está nervioso.

—Ya...

—Por eso me alegra tanto que hayas aparecido en su vida. Tú se lo vas a hacer más llevadero.

—Gracias —le digo, pero una vez que lo medio digiero le pregunto—: ¿Cómo estás, Rachel?

Ella me mira, se toma un tiempo para respirar porque se nota que quería soltarme esto cuanto antes, y se sienta a mi lado.

—Si te soy sincera no sé muy bien qué responderte. No estoy bien. Eso sí lo sé. Hace tiempo que he dejado de ser yo para ser un manojo de nervios que lucha por aparentar tener todo controlado.

—Y eso es imposible.

—Y eso es imposible, efectivamente, pero esto funciona así, ¿no? Nadie quiere dar pena y sin embargo necesitamos el consuelo para que duela menos. Si te preguntan, dices que estás bien, y tanto uno como otro saben que no es verdad, pero ninguno sabe qué decir y prefieren no profundizar. Es curioso, escogería un silencio o una mirada serena, a que se conformen con mi «bien» y respiren porque, ¿sabes? Nadie se cree tan importante para ti como ser tu paño de lágrimas.

—¿Hablas de Dylan?

—No, de él no, porque aquí está la paradoja que complica todo. Él sí es importante. Él quiere ser mi paño de lágrimas, pero yo no soporto que sufra por mí. Es a él y a mis padres a los que miento continuamente porque la enfermedad no viene sola. Trae varios boletos con ella y uno es el de mártir. Antes me inmolo que verlos padecer por mí.

—¿Y te llegas a sentir sola?

—Mucho. Incluso conmigo misma, porque a veces pienso que ando tan desnortada que me voy a chocar con el muro que yo misma he construido en torno a mí... A ver, que estoy contenta porque el embarazo ha ido bien y estoy a minutos de conocer a mi bebé, pero si te soy sincera, como no supere la enfermedad y mi bebé se quede sin su madre... —Se calla porque las lágrimas la asaltan.

—Eso no va a pasar —le digo usando el tópico que todos queremos oír.

—Pero puede que pase... y habré traído al mundo a un niño huérfano de madre.

—Será un niño feliz porque tendrá a un papá maravilloso. Pero no pienses eso, Rachel. Eres muy joven. Vas a superarlo como tanta gente que lo hace.

—Si sigues con Dylan y yo, yo... Pues eso, cuida de mi pequeño, por favor, y actúa como una madre con él.

No puedo hablar. Un nudo enorme en la garganta me lo impide.

Ella me abraza y lloro sin que me vea. ¡Qué injusta es la vida!

—Sé que es un marrón y que es muy pronto para vosotros, pero por favor me quedaría más tranquila...

—Claro que sí, Rachel. No hace falta ni que me lo digas, pero estoy segura de que no va a hacer falta. Vas a estar bien.

Rachel se levanta y sonriente cruza los dedos.

—La vida es muy bonita, Amanda, pero lo es mucho más acompañada.

—Lo sé...

—Disfrútale mucho. Es maravilloso.

Le sonrío y cuando se va, abro la nevera y bebo agua fría para que me ayude a digerir este trago.

Cuando me recupero, salgo y me cruzo por el pasillo con Dylan que venía en mi busca. Aprovecha para aplastarme contra la pared y besarme.

—¿Qué hacías? —me pregunta—. Te echaba de menos.

—He estado hablando con Rachel.

—¿De qué? —Noto como mi respuesta se le ha hecho bola y le cuesta tragar.

—Pues tú me dirás...

—Te lo iba a contar, pero no sabía cómo introducir el tema.

—No, tranquilo. No te culpo, pero me he quedado colapsada. ¿Cómo estás tú?

—Sigo en colapso y van meses, pero preparado para lo que venga.

—Por eso me decías que no ibas a poder venir...

—Claro, tendré que ocuparme del bebé yo. Bueno, mis padres y los suyos me ayudarán. Estaremos bien.

—Intentaré venir en cuánto pueda.

—Amanda, tú céntrate en tu trabajo. De verdad que estaré bien. Es una gran oportunidad para ti. Algo temporal. Volverás y ya la tormenta habrá pasado.

—Pues eso es lo que me da rabia, que no voy a ayudarte cuando más me necesites.

—Cariño, solo saber que piensas en mí, me dará fuerzas. Eso me ayudará.
—De verdad, qué injusto todo... y encima me voy mañana.
—¿Injusto? Voy a ser papá y a ti te parece bien. Nos hemos vuelto a encontrar y yo no sé tú, pero yo floto. Vas a trabajar con el de *La casa de papel*, y hemos tenido la mejor Navidad que se pueda desear. Encima, tengo esta noche para despedirme. No nos podemos quejar. De verdad que no.
—¡Ey... tortolitos, que van a ser las doce! Venid al salón —Escucho a mi cuñado.
Dylan y yo nos sonreímos y, cuando el reloj de la tele da las doce, nos besamos con pasión.
No es Nochevieja, pero sé que este beso me va a traer buena suerte.
Mi hermana se nos acerca silenciosa:
—Chicos, os hemos regalado una noche en el hotel en el que hemos estado nosotros. Salid ahora que nadie os mira.
Los dos cogemos el abrigo y, sin despedirnos, huimos como si mi hermana fuese la famosa muñequita del juego del calamar y el premio, en vez de dinero, se transformara en horas de intimidad.

Llegamos muertos de ganas y de expectación al hotel. La subida en el ascensor la hacemos a lo *Cincuenta sombras*, pero a mi Grey no le van los látigos... o eso creo.

Nos cuesta meter la tarjeta de la habitación porque no podemos parar de besarnos por la pura ansia que nos ha dado al sabernos libres y cuando se abre la puerta, casi me caigo.

—Amanda, vamos a poder gritar, ¿te das cuenta? Hoy no hay niños en casa —me dice entre risas.

—No pienso en otra cosa. Te voy a dejar sordo.

—Tú y yo nos saltamos el orden desde el principio, tenemos niños y recuerda que fuiste mi mujer.

Ese «mi mujer» ahora mismo me enloquece y arraso sus labios.

Dylan se quita el jersey y con él sale una camiseta dejándome descubrir lo bien que le han sentado los años.

Desabrocha el botón de mi pantalón vaquero y, con una fuerza destacable, me lo baja hasta las rodillas; con él viaja mi tanga.

Gimo al sentirme tan expuesta.

—Tienes un culo perfecto —me ronea al oído mientras lo aprieta sin remilgos. Le siento descender y al segundo morderme la cintura—. Quiero hacerte el amor hasta que nos duela todo el cuerpo. Te apuesto una cena que en dos minutos vas a gritar mi nombre.

—Vale —respondo.

Dylan se acerca y me muerde con fuerza el labio.

—Dime sí, no «vale».

Me río. Siempre me gustó lo en serio que se toma sus apuestas.

—Sí...

Su rostro cambia. Su pupila se dilata y una sonrisa picante se instaura en su rostro. Es lo último que veo antes de que me dé la vuelta y me enfrente a la pared.

—En dos minutos —me dice con voz caliente—, vas a gritar mi nombre.

—¿Y si no?

—Aprenderé a patinar.

—Aja...

Un pequeño grito se me escapa al sentir sus dientes en mi trasero. No me lo esperaba, pero me ha encantado.

Dylan tira de mi cintura para que me ponga en pompa y con rudeza me abre las piernas.

—Voy a probarte, Amanda.

Solo con oír eso y estar en la postura que estoy, creo que ardo en pedazos, pero, cuando sus dedos me acarician con suavidad el clítoris y su lengua me lame desde ahí hasta mi vagina succionándome, abriéndose paso hasta meterse dentro de mí, grito... Grito su nombre como si fuese el final del musical.

No sé si son las ganas, la desinhibición, su apuesta o el sabor a despedida, que estallo en menos de dos minutos. Y prometo que nunca me había pasado tan salvaje, le he debido empapar.

Había tenido orgasmos, pero nunca a este nivel. Todo con este hombre lo siento a otro nivel.

Dylan me sujeta porque se me doblan las rodillas y a pasitos cortos, y aún con mi pantalón por las rodillas, me transporta en sus brazos a la cama.

Todavía con la respiración acelerada, llegamos y me tumba en el colchón.
Intento serenarme, pero me quedan destellos del orgasmo abrasador que me hacen retorcerme.
Le observo desnudarse. Es perfecto. Tiene un físico que nada tiene que envidiar a los actores de Hollywood con los que me he acostado en estos últimos años.
Dylan se deshace de mi pantalón, mi tanga y los calcetines mientras yo sigo concentrada en respirar.
Después se tumba sobre mí.
Sentir su piel sobre la mía me vuelve a acelerar. Creo que esto que siento por él se me va de las manos. Quiero más y me incorporo un poco para quitarme la parte de arriba, y así solo quedarme con el sujetador de encaje negro.
—No vas a tener que aprender a patinar —le digo cuando le pillo mirándome el pecho atontado.
Él sonríe ladino.
—Amanda, creo que ha sido el mejor momento de mi vida —dice mientras me besa—. Te he comido entera y eres lo más delicioso que he probado nunca.
—¡Venga ya! Con lo rica que estaba la cena de hoy...
Dylan abre los ojos mucho, pero con tono afligido me responde:
—Te aseguro que estás mucho más rica tú.
—¡Anda ya! —le increpo y me cubro con la almohada para no escucharle más.
—¡Ey! No te escondas y no son guarradas. Son efectos del sexo entre dos personas, y el sexo es lo más natural que hay, Amanda... Quiero que me hables, que me digas qué te gusta y qué no, porque yo te lo voy a decir a ti. Quiero que nos disfrutemos como nos merecemos desde hace años. Además, que pienso tener sexo contigo, aunque nos separe un océano, y va a tener que ser por teléfono.
—¡Vas listo! Con la de piratas informáticos que hay por la red. ¡No te lo crees ni tú!
—Ahora mismo busco viajes a España —contesta con preocupación y me río a carcajadas—. ¿O te apetece repetir el postre? —me pregunta y después comienza a lamerme el cuello y acariciarme un pecho.
Me muerdo el labio...
Le empujo para subirme a él y le digo:
—Ahora la camarera soy yo y te va a encantar la novedad que tenemos en la carta. Te apuesto que vas a gritar mi nombre en dos minutos o...

Capítulo 17: Nochevieja especial

Llego a mi casa a las doce y media. Tengo solo una hora para recoger mis cosas, pero no había forma humana de despedirnos. Éramos como dos críos.

La noche ha sido la más brutal de mi vida en cuanto a sexo y a conversaciones.

Nos hemos hecho de todo y nos hemos dicho de todo. Sin maquillaje, sin filtros, muy real, muy puro y bonito, y también muy divertido.

En estos días me he reído tanto que creo que me han salido arruguitas alrededor de la boca.

Estoy enamorada de Dylan como no lo he estado nunca de nadie y solo me ha hecho falta una Navidad para darme cuenta. Es que es de esas cosas que no puedes evitar ni aunque te empeñes. Cuando me mira con esos ojos azules, yo me entrego. Es una respuesta mecánica de mi cuerpo, como esas programaciones que traen todos los aparatos por defecto. Yo no hago nada, es él.

Nada más entrar por la puerta, mi hermana viene corriendo y por su cara sé que ha sucedido algo.

—¡Te dejaste el móvil!

—Bueno, sí, fue todo muy apresurado. ¿Ha pasado algo?

—Pues que Rachel se ha puesto de parto, Amanda...

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, no os localizaban y llamaron a tu móvil para poder dar con Dylan.

—¿Y cómo tenían mi teléfono?

—Pues porque Dylan también se lo dejó anoche, te han llamado desde el suyo. Les di el nombre del hotel, pero habrás venido antes de que llamaran.

—¿Y cómo está? ¿Qué sabes?

—Poco, porque entre las maletas y los nervios porque no daba contigo, sé poco. ¡Salimos en una hora y tú tienes mucho que recoger!

La miro. Mi sobrina viene corriendo y me abraza:

—¡Tía! Te vas a sentar conmigo en el avión, ¿verdad?

Me tomo una pausa para pensar.

—Cariño —le digo agachándome—, no voy a ir. Por lo visto, el bebé de Dylan quiere nacer hoy.

—¿Se puede nacer en Nochevieja? —nos pregunta y Alicia y yo no podemos evitar reírnos.

—¡Pues claro!

—Pero, y si nace a las doce, ¿en qué año ha nacido?

—Uff..., ¿qué preguntas, Candela? —responde su madre—. Dependerá del minuto o de lo que quieran los padres.

—¿Y yo no me puedo quedar, mamá? Quiero conocer al hijo de Dylan y ver si tiene sus ojitos.

—No, cariño. Nuestro vuelo sale hoy y ya no se puede retrasar. ¿Cuándo vendrás, Amanda?

—Llamaré ahora a Michael. En uno o dos días. En cuanto sepa que todo ha ido bien.

—Te va a matar.

—Lo sé, pero me da igual.

—¿Y si no te dejan entrar en el hospital y estás sola en Nochevieja?

—Bueno, Alicia, lo íbamos a pasar en un avión, tampoco es que la diferencia sea mucha. Vosotros tenedme la habitación preparada que en unos días estaré allí.

Me alejo de Bob con lástima porque le dejo solo.

Varios de seguridad me salvaguardan de la sala de espera que se ha convertido en una alfombra roja improvisada a la que un grupo de adolescentes coreanas, que esperaban noticias de un familiar, se han dado cuenta de quién era yo. No es que haya temido por mi vida, pero sí por uno de mis brazos porque entre ellas me zarandeaban para salir en sus móviles y, con tan pocas horas de sueño y mi preocupación por el estado de Rachel, no he estado rápida y no he sabido actuar.

Lo único bueno es que he cruzado la puerta de Urgencias, pero me da lástima dejar a Bob porque el pobre estaba muy asustado. Según pasaban los minutos, se iba poniendo en lo peor y, como no tiene filtro, se le ocurrían muchas opciones a cuáles más dantescas. Las escenas que describía las escucha Mike Flanagan —el de *Misa de medianoche* o *La maldición de Hill House*— y se marca una serie en un paritorio que ni Álex de la Iglesia.

Espero en una sala a que el gerente del hospital venga a hablar conmigo.

De verdad, que yo no entiendo tanta expectación, pero muestro mi mejor sonrisa al verle entrar y le explico que mi amigo íntimo, casi mi hermano, va a ser papá y que por eso estaba en la sala de espera.

El hombre, de edad avanzada, y dicción culta, me explica que, aunque por la COVID ya no puede haber más de un acompañante, en mi caso harán una excepción y me llevarán en cuanto puedan con Dylan porque ha preguntado y le han informado que estaba en el quirófano.

En algo más de media hora, un hombre entra en la sala y me pide que le acompañe.

Le pregunto si sabe algo, pero él me dice que no, que solo es celador y le han pedido que me trajera a neonatos.

Cuando llegamos, veo frente a una cristalera, donde hay muchas cunitas vacías, a Dylan pegado al cristal con rostro extasiado.

Al escuchar los pasos se gira y me ve:

—Qué..., ¿qué haces aquí?

Voy en su búsqueda y le abrazo. Solo con olerle, mi cuerpo se siente bien.

—No podía irme sin conocer a tu hijo.

Dylan me abraza mucho más fuerte y siento que su cuerpo tiembla porque llora.

Me asusto. Mucho.

—¿Ha pasado algo?

—Tengo una niña, es una niña... —balbucea entre hipidos—, pero no respiraba bien y la están examinando. Ha sufrido mucho en el parto.

—¿Y Rachel?

—No lo sé. Sangraba un montón y me han sacado de allí sin decirme nada. Solo que espere aquí. Estoy muy asustado, Amanda.

—Shh..., tranquilo, tranquilo... —Le acaricio la espalda y me alegro infinito de haberme quedado—. Estas cosas pasan, pero todo va a ir bien.

Nos sentamos en el suelo frente a la cristalera porque a Dylan no le sostienen las piernas y le escucho relatarme lo acontecido, pero de una forma atropellada por su estado de nervios.

Le dejo explayarse y que se desahogue. Es lo que necesita.

Por lo que entiendo, han tardado mucho en dilatar y se la han llevado corriendo cuando en los monitores dejaban de registrar el pulso de la niña.

Se escuchan voces a lo lejos, como un ambiente festivo.

Miro el reloj. Se acercan las doce de la noche. No me puedo creer que haya pasado tanto tiempo desde que me vine.

Me acuerdo de Bob, y le pido a Dylan que me deje el teléfono para llamarle.

Suavizo la información y le cuento que estamos aguardando para ver a la niña.

Dylan se apoya en mi hombro agotado y me da la mano con fuerza.

La puerta del nido se abre y entran varios sanitarios con una cunita.

Dylan y yo nos levantamos de golpe, y él pega toques al cristal hasta que una enfermera le reconoce y le dice que sí sonriendo.

—¡Es mi hija! —me dice emocionado y en ese momento se abre un hueco entre los sanitarios que han terminado de preparar a la bebida y le han puesto oxígeno. Puedo verle la carita y cómo mueve sus diminutas manos como si quisiera saludar.

Exhalo todo el aire atrapado en mis pulmones que se ha ido nebulizando de angustia durante la tarde y me relajo.

La niña parece estar bien, y la enfermera, que le ha reconocido, le dice con el pulgar que está todo OK.

Nos quedamos los dos atontados viendo a la criaturita hacer más gestos por segundo que Joaquin Phoenix en el Joker, y comentamos cada uno de ellos.

La enfermera simpática sale a hablar con Dylan y le explica que la niña está bien, que le han tenido que aspirar muchas secreciones, pero que todo lo demás estaba bien y, que, en un rato, cuando sature un poco mejor, ya podrá pasar a verla e incluso cogerla para hacer el método canguro con ella.

Los dos le preguntamos por Rachel a la vez y ella nos dice que cree que está bien, que la han llevado a reanimación, pero que buscará a la ginecóloga para que nos cuente.

Dylan y yo nos abrazamos y advierto como su tensión se disipa y su rostro recupera el rictus normal.

Escuchamos una cuenta atrás entre risas.

Le miro mientras toco el cristal, él hace lo mismo y antes de que lleguen a cero, él busca a su hija y después se gira con fuerza para besarme.

—¡Feliz Año Nuevo, Amanda!

—¡Feliz Año Nuevo, Dylan!

Capítulo 18: Dylan y Amanda

Cuelgo a Michael que me ha llamado tres veces esta tarde para asegurarme que cogía el vuelo. Me asesina si le vuelvo a retrasar mi reunión a Álex Pina.

Acabamos de llegar al aeropuerto, Dylan insiste en cogerme la maleta y llevarla él.

Me cubro con un gorro y gafas de sol, y Dylan gesticula divertido una mueca.

—Sí, riéte. Tú no sabes la que se lio en la sala de espera del hospital. Pensaba que me desmembraban. En los aeropuertos la gente está más atenta, a la caza de famosos.

—Pues yo no sé si tus gafas de sol te delatan en un día tan oscuro como hoy.

—De eso nadie se da cuenta.

—No sé. Yo te miraría.

—Pero porque te gusto mucho —le digo mientras me abrazo a su cuello y le beso.

—Eso también —responde cuando libero sus labios.

Dylan mira al cielo y frunce el ceño:

—Ya podía nevar para que tu avión no despegara o, mejor, que llegara el gran apagón de una vez y así nos encerramos en casita con un montón de velas de por vida.

—Me estás preocupando con tu afán apocalíptico —bromeo, pero es cierto que cada dos por tres entra en bucle con el tema del gran apagón; y Rachel me confirmó, la noche que cenamos todos en casa, que les había llegado un mega pedido que habían comprado él y Bob, donde las pilas, linternas, latas de conserva y pañales se contaban por decenas. Por no hablar del dineral que les ha costado el generador.

—Tú riéte, pero yo pienso sobrevivir. Me he hecho con un botiquín que alucinas.

Le miro indulgente y le empujo en broma.

Accedemos al aeropuerto.

Hemos venido con el tiempo medido. No me gusta estar mucho rato en los aeropuertos porque me han reconocido demasiadas veces y se monta mucho revuelo. Es una de las razones por las que siempre escojo zona vip; otra es que me lo puedo permitir, pero no el motivo principal.

Cuando llegamos al control nos vemos en la tesitura que llevamos queriendo obviar desde que nos hemos despertado y es que nos toca despedirnos, y ninguno sabemos qué decir.

—Me tengo que ir ya...

—Lo sé —dice apenado—. Te voy a echar de menos en cuanto me dé la vuelta.

—Y yo a ti.

—Estos días, esta Navidad... Te quiero en mi vida, Amanda. Ha sido tan breve que me da miedo que te olvides de mí, que en unos días se te borre de la memoria hasta mi nombre.

—No digas eso. Esta semana ha sido maravillosa. Ninguno la podremos olvidar, pase lo que pase.

—¿Pase lo que pase? ¿Estás derrotista y aún no te has ido?

—Dylan, los dos sabemos que no será sencillo. Cuando salga a la luz lo nuestro, vas a perder tu intimidad, tu libertad... Desconfiarás de cualquier extraño que te pregunte algo.

—Me da igual si estoy contigo.

—Eso dices ahora...

—Y mañana y pasado..., me importas más tú que lo que digan los demás. Si me tengo que hacer mil fotos, pues sonrío. En peores me he visto.

—Verás escenas de sexo mías en series o películas, desapareceré durante semanas para rodar, te dirán que estoy con este actor o con el otro... Si eres celoso, vas a enloquecer. Les ha pasado a muchas parejas del cine.

—¿Estás queriendo romper conmigo? —me pregunta asustado.

—¡No! Es solo que me he puesto en lo peor, aunque sé que esto nos va a suceder y que en la distancia nos lo vamos a plantear, ambos. Quería ver tu reacción.

—Tendremos que hablar mucho, Amanda. Ser muy sinceros.

—Sí, eso está claro.

—Pero merece la pena, ¿no crees? Extendamos la Navidad al resto del año.

Le sonrío entre triste y feliz.

—Te quiero, Dylan.

—¡Ey! —me dice—. Yo soy el romántico de los dos. Tenía que haberlo dicho antes yo.

Me río y después nos besamos olvidándonos de todo, confiando en que es Navidad en un aeropuerto y de que estas escenas se repiten a cada rato. Como en la película navideña contemporánea más bonita hasta la fecha, *Love actually*.

—¿Amanda Martín, puedes desvelarnos quién es tu nuevo amor? —escucho y advierto como Dylan pega un respingo.

Me separo un poco de él y le acaricio el rostro. Después le guiño un ojo y me giro ante la cámara.

—Es Dylan, mi pareja. Espero que le respetéis porque no pertenece a este mundillo.

—Te quiero —me dice él ahora al oído.

Varios fotógrafos salen de la nada y disparan sus *flashes*. Uno de ellos pregunta a Dylan, si es el Dylan que estuvo casado conmigo en el *reality*.

Él me busca sin saber muy bien qué decir y respondo yo en su lugar:

—Ni él es ese Dylan, ni yo soy esa Amanda...

—¿Os volveréis a casar? —nos pregunta otro *paparazzi*.

Dylan se ríe y yo le golpeo en broma.

—Van más rápido que nosotros —me dice al oído—, pero te apuesto la siguiente Navidad a que sí.

Me sorprende con su respuesta, pero le indico:

—Vale.

—No me digas vale... Dime que sí.

—¿A qué? —Me río, cojo la maleta y dándole un suave beso en los labios, atravieso el control de seguridad por un mostrador que me han abierto para despejar el jaleo.

Cuando lo cruzo, me doy la vuelta y le veo rodeado de periodistas sin contestar a ninguno porque toda su atención me la presta a mí.

—¡Veo tu apuesta y la doblo! —le grito.

—¿La doblas? ¿Con qué? —se muestra intrigado.

Elevo los brazos en señal de que no se lo voy a decir y me marcho rápido porque al final pierdo el vuelo.

Justo antes de embarcar me da tiempo a enviarle un mensaje:

«Te doblo la apuesta a que todas las Navidades que vivamos, las pasaremos juntos».

EPÍLOGO

Cuatro meses después

Salgo del set cubierta con un albornoz con una sensación extraña.

El director ha dado por válida la toma y ya no habrá más desnudos ni escenas de sexo en lo que queda de temporada.

Me meto en mi camerino y respiro tranquila mientras me contemplo al espejo.

Me acaricio los labios... ¿ha sido de verdad? Ya no sé qué pensar.

Entre Alex y yo hay mucha química. No sé de qué me extraño, y por eso nos escogieron. Los directores de casting tienen más ojo que muchas agencias de parejas.

Alex me ha sorprendido como una de las personas con más inteligencia emocional de este mundillo. Además, es divertido y muy buen compañero. Aprendo con él en cada escena. Es muy metódico, de entender los diálogos y desengranarlos para sacarle el máximo provecho. Llevamos dos meses juntos, casi todos los días, y eso, o te une o le odias a muerte.

Intento hacer memoria porque ha sido muy intenso.

En la escena acabábamos de lograr escapar en una persecución en coche. Estábamos en un garaje oscuro y, en teoría, con toda esa adrenalina, nos los montábamos, quedándonos desnudos de cintura para arriba.

He sentido cada uno de sus besos y sus caricias.

Él estaba excitado. No lo podía ocultar, y yo... Yo también.

Me desmaquillo y después me lavo la cara con agua fría.

Es normal, me repito a mí misma. Alex es un chico muy atractivo y llevo casi cuatro meses sin ver a Dylan...

Miro el reloj, en Estados Unidos son la diez de la mañana.

Le llamo.

—¿Sí? —Escucho bajito.

Resoplo al darme cuenta de que ha respondido Luisa, la fabulosa niñera interna que han escogido y que se toma las licencias para descolgar el móvil de mi novio...

—¿Se puede poner Dylan, Luisa? Soy Amanda.

—Hola, Amanda —dice con voz baja—. Es que está dormido. Acaba de llegar de trabajar.

—¿De trabajar?

—Sí, Dylan trabajó ayer.

¡Esto es el colmo! Le llama por su nombre de pila y encima sabe más que yo. No tenía ni idea de que ya iba a empezar a trabajar. Claro que no hemos hablado casi nada en estos últimos días porque no coincidimos en horarios.

Cuando él puede, porque es de día en Estados Unidos, yo entro a rodar y cuando termino, estoy tan agotada que no puedo ni marcar.

Nos enviamos mensajes, pero cada vez más escuetos.

—¿Qué tal está la pequeña? —pregunto por cortesía.

—Parece que mejor. Hace dos días tuvo otro episodio de broncoespasmo... Dylan estuvo muy asustado, pero al final pudo evitar llevarla al hospital. Es muy buen enfermero y papi —Se ríe.

Yo no.

—Vale, ¿le puedes decir que le he llamado?

—Claro, pero se despertará tarde.

Me muerdo los labios para no soltar una fresca y me despido.

Llaman a la puerta de mi camerino.

Abro, y es Alex que me mira con cierto pudor.

—¿Quieres que hablemos de lo que ha pasado en el rodaje? —Me sonrío mientras me tiende un *chai te latte* que huele de vicio.

—Pasa —resoplo.

Continuará...

Agradecimientos

Antes de nada, LO SIENTO, querido lector. Siento la jugarreta que acabas de leer en la última página. Te prometo que me sienta fatal dejarlo así, pero todos sabíamos que no iba a ser sencillo.

No soy de segundas partes. Suelo concluir mis libros, pero este necesita unos meses más. Por las vidas de Amanda y Dylan van a transcurrir unos mesecitos y también por mí, para ver qué sucede.

Todos necesitamos un poco de tiempo.

Esta historia ha surgido prácticamente en directo y ahora me tomo una pausa para tomar distancia, pero volverán.

Amanda y Dylan segunda temporada a tiempo real.

Soy una fan confesa de las pelis de Navidad, como bien habréis notado, y todos los años, cuando se acercan estas fechas, me propongo escribir un libro, pero siempre voy muy tarde. Este año dije que se acabó, que iba a quitarme horas de sueño, tardes libres y despertarme muy pronto, pero lo iba a lograr.

Y aquí la tenéis.

Por eso, es una historia corta, pero el anzuelo está echado en mí y desde ya pienso plantearme qué les deparará la próxima Navidad a estos dos porque así, tan lejos, no les voy a dejar. O juntos y revueltos o cada uno a lo suyo, pero en tierra de nadie, me niego.

¿Os apetece saber qué va a ser de ellos?

¿Tenéis alguna idea?

Escribidme y veremos qué les podemos hacer vivir.

Y ahora sí:

Gracias querido lector por apostar por mí, y si se te ha hecho corto, el resto de mis libros no lo son. Te animo a descubrirlos.

Gracias a Teresa de Ediciones Kiwi que a veinte de octubre me compró esta locura.

Gracias a Dimas por haberme dejado escapar durante estos días desbordando esa paciencia envidiable que tienes. Eres el mejor.

Gracias a mi pequeña Eire por hacer que todos los días sean un poco Navidad —algún Halloween también te marcas, cuquita, pero los menos—.

Os quiero, a los dos.

Y gracias a todos los que me ayudáis en mi día a día:

¡Lorena, por Dios! ¡Cómo he podido vivir sin ti tantos años! Eres de las personas más listas que conozco. Ya ni miro en Google, teniéndote a ti.

Gracias a Carmen y a Luis por ayudarnos tanto con Eire.

Gracias a los Buenaventura Durruti por lo mismo, y espero que disfrutemos mucho de la nueva casita con vistas al barranco.

Gracias a mis padres por todo y en especial, gracias, mamá, por tu repollo rehogado y tus *tupper* de cocido. Aunque últimamente nos falta el de tortilla...

Gracias a mis lectores amigos porque, aunque estáis hartos de oírme, todavía os quedan ganas para leerme: mis compis de la UCI más molona de Madrid —con monitorización central inminente—, mis vecinos —los dicharacheros de Buenavista—, los papis del cole —aprenderán a leer, ¿sí?, ¿no? ¿Nos apostamos la Navidad?—, a mis amigas desde pequeñas, Carol, Susi, Marta, Pili que me consta que me leen... A mis amigos de Buenavista Vip —por muchas más fiestas en el garaje de Natalia y Miguel—, y a las Soles...

Gracias a Amanda y a Iván, mis compis en La última butaca por alegrarme los jueves y dejarme aprender con vosotros.

Y gracias a mis lectores fieles, que, aunque no os conozca en persona, estoy deseando hacerlo.

Y sin más:

¡Feliz Navidad a todos!

PD: Os aconsejo ver *Qué bello es vivir*, que sí, que es en blanco y negro ¿y qué? Las radiografías también lo son y mira qué importantes.